

62324

COLECCION UNIVERSAL

N.º 787

C. NODIER

Inés de las Sierras

NOVELA



Precio: 50 céntimos

MADRID, 1923

C. Nodier

—

INÉS DE LAS SIERRAS

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1923.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

C. NODIER

Inés de las Sierras

La traducción del francés ha
sido hecha por J. J. Morato



MADRID, 1923

ROBERTO

INES DE LAS SIERRAS

I

—¿Y tú—dijo Anastasio—, no sabes algún cuento de aparecidos?

—Uno sé—respondí—, porque yo fuí testigo de la más extraordinaria aparición que haya habido desde los días de Samuel; pero en verdad que no es un cuento, sino una historia auténtica.

—¡Bueno está!—murmuró el fiscal pellizcándose los labios—. ¡En los días que alcanzamos hay quien cree en apariciones!

—Y acaso usted hubiera creído tan a cierra ojos como yo si hubiera estado en donde yo estuve.

Eudoxia acercó su sillón al mío y comencé:

Concluía el año 1812. Era yo entonces capitán de dragones y estaba de guarnición en Gerona. El coronel creyó conveniente mandarme de remonta a Barcelona—donde al día siguiente de Navidad se celebraba una feria de ganado famosísima en toda Cataluña—, encargando que me ayudasen dos tenientes del regimiento, llamado el uno Sergy y el otro Boutraix, que eran íntimos amigos míos. Y

ahora, con licencia de ustedes, hablaré un poco del uno y del otro, porque los detalles que dé de ellos serán útiles en el curso del relato.

Sergy era uno de los oficiales jóvenes que salieron de las escuelas militares, y tuvo que vencer prejuicios y antipatías de sus compañeros de armas para ser bien visto de ellos. Tenía buena figura, maneras distinguidas, un espíritu vivo y brillante y un valor acreditado. No había ejercicio en el que no sobresaliera, incluso en el arte, para el que tenía buen gusto y sensibilidad; aunque su complexión delicada y nerviosa le hacía preferir el hechizo de la música. Un instrumento pulsado por dedos hábiles, y más aún una voz bonita, le llevaban a un entusiasmo tal que había de expresarle con gritos y con lágrimas, y si la voz era de mujer, y de mujer bella, sus transportes llegaban al delirio. Algunas veces temí que perdiera la razón. Por lo que digo entenderán ustedes que el corazón de Sergy había de ser harto accesible al amor, y, en efecto, casi nunca se encontraba libre de una de esas pasiones tan violentas que la vida del hombre parece depender de ella; mas, por dicha, esta misma exaltación le defendía por sí misma contra sus propios excesos. Lo que esta alma ardiente necesitaba era encontrar un alma gemela con quien unirse y confundirse, y aunque creyó verla por doquiera, no la encontró en parte alguna. Y así ocurría que el ídolo de ayer, ya desnudo del encanto con que le divinizara, era mañana la mujer, y el más apasionado de los amantes era también el más mudable.

En los días del desencanto, cuando caía desde la cumbre de la ilusión a la evidencia de una realidad humillante, acostumbraba decir que el objeto desconocido de sus ansias y de sus esperanzas no moraba en la tierra; pero aun así persistía en buscar este alma, aunque equivocándose de nuevo, cual le ocurriera mil veces. El desengaño último de Sergy acababa de producirse una cantante asaz mediocre de la compañía de Bascara, que poco antes abandonara Gerona. Durante dos días cabales la artista ocupaba las regiones más altas del Olimpo; bastaron otros dos para que descendiera a ocupar un puesto entre los simples mortales. Y Sergy no volvió a hablar de ella.

Con tan irritable sentimentalidad, era natural que Sergy tuviese gran propensión a lo maravilloso. No había región por la que sus pensamientos no errasen a su antojo. Espiritualista por la educación y por la razón, lo era más todavía por la imaginación y por el instinto. Su fe en aquella amada imaginaria que guardaba para él el mundo de los espíritus no era puro capricho de su fantasía, sino el motivo preferido de sus ensueños, la oculta novela de su pensamiento, algo como enigma gracioso y consolador que le pagaba bien el enojoso retorno de sus inútiles anhelos. Yo, lejos de arremeter contra esta quimera cuando el azar la traía a nuestras charlas, la utilicé más de una vez con feliz resultado para combatir sus desesperaciones amorosas, que se renovaban todos los meses del año. En general, es una dicha bien entendida el acogerse a una

vida de ideales cuando se conoce con certeza lo que vale esta vida.

Boutraix contrastaba con Sergy de un modo que pudiéramos llamar perfecto. Era un mozo alto y recio, tan leal como Sergy, tan pundonoroso, tan valiente y tan amigo de los camaradas; mas sus trazas eran vulgares y su espíritu semejaba a su figura. Sólo porque oyó hablar de él conocía el amor moral, ese amor del corazón y de la imaginación que o trastorna o embellece la vida, y considerándolo como fantasía de novelistas y de poetas, pensaba que no había existido jamás sino en los libros. El amor cual lo comprendía, le gozaba cuando se presentaba la ocasión, sin poner en él más cuidados ni otorgarle mayor tiempo de los que, en su sentir, merecía. El goce más grato para él era la mesa, en la que se sentaba el primero y de la que se levantaba el último, salvo que faltara vino. Después de los bellos hechos de armas, el vino era lo único en el mundo que le inspiraba algún entusiasmo. Hablaba con cierta elocuencia y bebía mucho, aunque sin llegar a ponerse ebrio. Su complexión le permitía beber copiosamente, sin llegar jamás al estado grosero que hace del hombre un bruto; con todo, se ha de decir que se amodorraba, quizá adrede.

La actividad intelectual de Boutraix se concretaba a un reducido número de ideas, de las que había hecho principios generales, llegando a convertirlos en fórmulas absolutas, muy cómodas para evitarse el tener que discutir; la dificultad de probar algo o demostrarlo con una serie de razonamientos le-

gítimos le había llevado a negarlo todo. A las inducciones de la fe y del sentimiento contestaba encogiéndose de hombros y con dos palabras sacramentales: «fanatismo», o bien «prejuicio». Si el interlocutor se obstinaba, él dejaba caer hacia atrás la cabeza en el respaldo de la silla y silbaba mientras duraba la réplica, lo cual le evitaba hasta la perplejidad que pudiera ocasionarle el oírlo. Aunque jamás en su vida leyó seguidas dos páginas de un libro, creía conocer a Voltaire y hasta a Piron—al que consideraba como un filósofo—, y estos agudos y bellos entendimientos eran sus autoridades supremas, la *ultima ratio* de las controversias en que se dignaba intervenir, a las que ponía término con esta frase vencedora: «¡Por lo demás, vea usted lo que dicen Voltaire y Piron!» La porfía generalmente terminaba entonces, y él salía victorioso, por lo que en el escuadrón le tenían por un gran dialéctico. Con todo, Boutraix era un óptimo camarada, e indudablemente el hombre más entendido en caballos de todo el ejército.

Como nos proponíamos los tres equiparnos de caballos para nosotros, convinimos en utilizar para la ida a Barcelona el carruaje de algún *arriero* (1) o carretero de los que tanto abundan en Gerona, y la facilidad con que se los encuentra nos hizo confiar con una seguridad que estuvo a punto de verse frustrada. La fiesta de Nochebuena, que es el 24 de diciembre, y la feria de Barcelona, el 26, atraían de

(1) Cuantas voces aparezcan en letra bastardilla están tal cual las escribiera Nodier. — *N. del T.*

toda Cataluña una cantidad increíble de viajeros, y nosotros habíamos aguardado al día de Nochebuena para agenciarnos el vehículo. Eran las once de la mañana, todavía buscábamos un *arriero*, y teníamos esperanza sólo en uno; le encontramos en la puerta de su casa dispuesto ya a marchar.

—¡Malditos sean tu carro y tus mulas!—gritó Boutraix encolerizado sentándose en un guardacantón—. ¡Que todos los demonios del Infierno, si hay Infierno, se desaten contra ti en el camino y que el mismo Lucifer sea quien te dé de cenar! ¡Está visto que no hay medio de partir!

El *arriero* se santiguó y se hizo atrás.

—Dios te guarde, tío Esteban—dije yo sonriendo—. ¿Tienes viajeros?

—Verdaderamente no puedo decir que tengo viajeros—contestó el carretero—, puesto que no llevo mas que uno, el señor Bascara, director y *gracioso* de teatro, que marcha a reunirse en Barcelona con su compañía y que se quedó aquí para cuidar de los bagajes, o sea de esta maleta atestada de vestuario o de trapos, que no es carga ni para un jumento.

—¡Muy bien, tío Esteban! Como en el vehículo caben cuatro personas, el señor Bascara nos permitirá de buen grado que paguemos las tres cuartas partes que nos corresponden de los gastos, y él podrá cobrarle todo el carruaje al empresario. Nosotros le guardaremos el secreto. Tómate la molestia de preguntarle si permite que le acompañemos.

Bascara se avino a lo que pedíamos, aunque haciendo como que lo pensaba y dando a su asenti-

miento semblante de favor. A mediodía salíamos de Gerona.

Había sido la mañana todo lo hermosa que puede desearse en aquella estación del año; mas no bien dejamos atrás las últimas casas de la ciudad, las neblinas que flotaban en la cima de los cerros desde la salida del Sol como gasas ligeras e impalpables se extendieron con asombrosa rapidez por todo el horizonte y nos envolvieron como una muralla. Bien pronto salió de ellas una lluvia helada con copos de nieve de extrema finura, tan espesos y rápidos en caer que se diría que la atmósfera entera se había convertido en agua o que las mulas nos habían llevado al fondo de un río, para nosotros dichosamente permeable a la respiración. Aquel elemento equivoco por entre el cual caminábamos había perdido la transparencia, de tal modo que no veíamos ni las cunetas del camino ni sus accidentes. Para marchar con cierta seguridad, el carretero tenía que sondearlo—digámoslo así—, no ya con la mirada, sino hasta con los pies, antes de caminar, y estos tanteos, con frecuencia repetidos, retrasaban nuestro viaje cada vez más. Hasta los vados más seguros y menos peligrosos llevaban tanta agua que en pocas horas se habrían tornado peligrosos, y cuando atravesábamos alguno, Bascara rezaba a San Nicolás o San Ignacio, patronos de los navegantes.

—Tengo miedo, en verdad—dijo sonriente Ser-gy—, de que los cielos hayan recogido al pie de la letra la maldición con que esta mañana saludó Bou-traix al desgraciado *arriero*. Parece que todos los

demonios del Infierno se desataron en nuestro camino, como pidió, y no nos falta mas que cenar con Lucifer en persona para que el presagio sea realidad. Convengamos en que es verdaderamente fastidioso tener que sufrir los efectos de tu cólera de impío.

—Bueno, bueno—repondió Boutraix medio des-
pertándose—. ¡Prejuicio! ¡Superstición! ¡Fanatismo!...

Y volvió a dormirse.

Era entonces más seguro el camino, porque ya estábamos sobre las rocas areniscas y firmes del litoral; pero la lluvia, o el diluvio más bien, a través del cual «nadábamos» con tanto trabajo, no había menguado en intensidad, y sólo cedió tres horas después de la caída de la tarde, cuando aun estábamos muy lejos de Barcelona.

Llegábamos a Mataró y resolvimos pernoctar allí. No podíamos hacer otra cosa, porque las mulas estaban extenuadas de cansancio, y cuando el vehículo daba la vuelta para entrar en los amplios cobertizos del parador, el *arriero* se llegó a la portezuela del carruaje para darnos, apenado, la desagradable noticia de que toda la corraliza estaba atestada de vehículos y de que no había posada para nadie.

—¡Es el sino—dijo—que nos persigue en este maldito viaje! ¡No hay alojamiento mas que en el castillo de *Ghismondo*!

—¡Hombre—dije apeándome—, no faltaba otra cosa sino que hubiésemos de vivaquear en una de las villas más hospitalarias de España! ¡Sería remate digno de un viaje tan penoso!

—Señor oficial—dijo un mozo de mulas que fumaba su *cigarro* indolentemente recostado en el quicio de la puerta—, no le faltarán a usted compañeros de desgracia, porque hace lo menos dos horas que se niega posada en los paradores y en las casas particulares a cuantos la piden; tantos son los viajeros que llegaron temprano. Sólo hay posada en el castillo de *Ghismondo*.

Conocía yo bien este modo de hablar, corriente en casos semejantes entre el pueblo; pero nunca me produjo el disgusto que en aquel trance. Así que me abrí paso por entre la concurrencia de viajeros, *arrieros*, mozos de mulas y postillones, hasta llamar la atención golpeando fuertemente con la empuñadura de mi sable en no sé cuál objeto de cobre.

—¡Una cuadra, una habitación y una mesa bien abastecida!—grité con voz de mando, modo de pedir que generalmente da buenos resultados—. ¡Y en seguida, que es para el servicio del Emperador!

—¡Ay, mi capitán—respondió la posadera con voz firme—, ni el mismo Emperador encontraría aquí sitio donde sentarse! Comida y vino, cuanto usted quiera, si le agrada cenar a la intemperie, porque gracias a Dios hay de todo en una villa como ésta; pero no está en mi mano ensanchar el parador para recibir más viajeros. Como cristiana juro que no hay alojamiento sino en el castillo...

—¡Malditos sean los refranes y este país de Sancho!—interrumpí bruscamente—. Y menos mal si realmente ese castillo está en alguna parte, porque en él se pasará la noche mejor que en la calle.

—¿No es mas que eso?—contestó mirándome con fijeza—. En verdad que no había caído en ello. El castillo de *Ghismondo* está a unos tres cuartos de legua de aquí, y allí hay alojamiento siempre. Verdad que nadie le utiliza; pero ustedes los franceses son capaces de disputarle la posada al diablo en persona. Vea usted si ello les conviene y cargaremos en el carro cuanto necesiten para pasar una noche alegre, salvo que reciban alguna visita desagradable.

—Vamos bien apercebidos de armas para esperar lo que sea—contesté—. Cuanto al diablo, tengo entendido que es un alegre compañero de mesa. Prepare usted vituallas, querida señora. Raciones para cinco hombres, cada uno de los cuales come por cuatro, pienso para las mulas y vino en abundancia, porque uno de los viajeros es el teniente Boutraix...

—¡El teniente Boutraix!—exclamó cruzando las manos, que es, como se sabe, una exclamación sin palabras—. ¡Mozo: dos cestas con doce botellas de buen *rancio!*...

A los diez minutos el interior del carruaje se había convertido en una despensa de buena casa, y tan copiosamente abastecida, que allí no cabía ni un viajero; pero, como acabo de decir, el tiempo parecía haber mejorado: así que resolvimos hacer el camino a pie.

—¿Adónde vamos, mi capitán?—me preguntó el *arriero* sorprendido por aquellos preparativos.

—¿Dónde quieres que vayamos, mi pobre Esteban, si no es al sitio que tú indicaste? Por las trazas vamos al castillo de *Ghismondo*.

—¡Al castillo de *Ghismondo!* ¡Que la Santísima Virgen tenga compasión de nosotros! ¡Ni aun las mulas se atreverán a ir allí!

—Pues irán, sin embargo—repliqué deslizando en su mano unas cuantas pesetas—, y se desquitarán del cansancio con piensos abundantes. Para ti, amigo mío, hay guardadas tres botellas de vino añejo de Palamós, del cual me hablarás cuando le pruebes. Y ahora no perdamos tiempo, porque todos estamos casi en ayunas y el cielo vuelve a enturbiarse.

—¡Al castillo de *Ghismondo!*—repitió Bascara en tono quejumbroso—. ¿Saben ustedes, señores, lo que es el castillo de *Ghismondo*? Ningún mortal entró en él impunemente sin haber hecho antes pacto con los espíritus malignos, y yo no pondré en él los pies así me den todo el cargamento de los galeones. ¡No, yo no voy!...

—Por mi honor aseguro que irá usted, mi amable Bascara—replicó Boutraix al tiempo que le ceñía por la cintura con brazo vigoroso—. ¿Será posible que un generoso castellano que ejerce con gloria una profesión liberal retroceda ante prejuicios absurdos del vulgo? ¡Ah si Voltaire y Piron estuviesen traducidos al castellano—y debían estarlo a todos los idiomas—, qué poco trabajo me costaría demostrarle a usted que el diablo que infunde tanto miedo no es mas que un espantajo para asustar a las viejas inventado en beneficio de los frailes por algún menegado teólogo bebedor de agua bendita! Ya le convenceré a usted cuando hayamos cenado, que aho-

ra tengo el estómago vacío y las fauces harto secas para mantener una discusión filosófica! ¡Andando, pues, valiente Bascara, y tenga usted por cierto que si el demonio se atreve a dirigirle la menor ofensa, entre él y usted estará el teniente Boutraix dispuesto a todo! ¡Pardiez, tendría que ver!

Charlando de este modo comenzamos a subir el sendero áspero y revuelto de la colina, y a cada paso sollozaba un ¡ay! Bascara y recitaba compungido todos los salmos y aun la letanía. Debo decir que hasta las mulas tiraban de mala gana, agobiadas de hambre y de cansancio, por lo que íbamos muy despacio al paraje que había de albergarnos aquella noche. Cual si esperaran una contraorden, los animales se paraban a cada momento, y con frecuencia volvían la cabeza, siempre baja.

—Vamos a cuentas—dijo Sergy—. ¿Por qué ese castillo tiene un renombre tan fatídico que inspira a las gentes un terror sincero y grande? ¿Es acaso sitio donde se reúnen los aparecidos?

—Quizá—le dije al oído—no sea mas que un escondrijo de bandidos, porque todas las supersticiones de este género que acoge el vulgo tienen algún motivo legítimo y cierto. Pero cada uno de nosotros tres tiene un sable bien afilado, dos pistolas, municiones para ellas y un fuerte cuchillo de monte, y el arriero de seguro lleva consigo, como es costumbre, una fuerte navaja de Valencia.

—¿Quién ignora lo que es este castillo de *Ghis mondo*?—murmuró Esteban con voz un tanto trémula—. Si los ilustres señores quieren saberlo, yo

puedo decírselo, porque mi difunto padre entró en él. ¡Era un hombre valiente si los hay! ¡Dios le haya perdonado la excesiva afición que tuvo a la bebida!

—No veo mal alguno en esa afición—interrumpió Boutraix—. Pero ¿qué diablos pudo ver tu padre en el castillo de *Ghismondo*?

—Cuéntanos esa historia—le dijo Sergy, que hubiera cambiado el placer más refinado por un cuento de fantasmas.

—Lo haré—replicó Esteban—, y después de mi relato sus señorías verán si debemos seguir adelante o volvernos.

Y prosiguió:

«El maldito *Ghismondo*—dijo, y miró en torno suyo cual si temiera ser oído de algún demonio invisible—. ¡Maldito—continuó—porque atrajo sobre su cabeza la cólera inexorable de Dios, que yo no le deseo ningún mal!... *Ghismondo*, cuando contaba veinticinco años era el jefe de la familia ilustre de *las Sierras*, tan nombrada en las crónicas. Hará de esto unos trescientos años poco más o menos, aunque la fecha precisa reza en los libros. Era el tal un caballero apuesto, valiente, liberal y gracioso, a quien durante mucho tiempo acogían todos con agrado; pero dado a las malas compañías y no habiendo sabido conservar ni el respeto ni el temor a Dios, el libertinaje le dió mala fama y las prodigalidades le arruinaron casi por completo. Vióse entonces precisado a refugiarse en este castillo, donde, dicho sea con toda reverencia, vuestras señorías han resuelto imprudentemente hacer noche, porque era

lo único que le quedaba de su copiosa fortuna. Contento, porque de este modo eludía la persecución de sus acreedores, que eran muchos, y de sus enemigos, que no eran pocos, porque sus intemperancias y sus pasiones llevaron la discordia a bastantes familias, fortificó bien aquellos lugares y se retiró a ellos para el resto de sus días, acompañado de un escudero de tan mala vida como él y de un paje cuya corrupción de alma excedía a sus años. Con él fueron también unos cuantos hombres de armas que por haber andado con *Ghismondo* en los excesos habían asociado su suerte a la del señor. Una de las primeras incursiones que emprendió *Ghismondo* tuvo por objeto buscar una compañera, y, como pájaro infame que mancilla su propio nido, fué de su misma familia de donde tomó la víctima. Algunos dicen, no obstante, que *Inés de las Sierras*—así se llamaba su sobrina—se avino en secreto a ser raptada. Pero ¿quién llegará a comprender los misterios del corazón de las mujeres?

»Como he dicho, fué ésta una de sus primeras incursiones, porque la historia le culpa de otras muchas. Las rentas de este peñasco, que siempre pareció maldito de la cólera celeste, no hubieran bastado para pagar sus gastos si él no las hubiera aumentado con tributos que cobraba a los caminantes, lo que llaman robo en despoblado cuando los que le realizan no son grandes señores. El nombre de *Ghismondo* y del castillo fueron bien pronto el terror de la comarca...»

—¿Y no hay más?—interrumpió Boutraix—. Lo

que acabas de contar ha ocurrido en todas partes. Era el resultado necesario del feudalismo, una de las consecuencias de la barbarie de esos siglos de superstición y servidumbre.

—Lo que aun tengo que contar es menos corriente—dijo el *arriero*, y prosiguió:

«*Inés*, que era de un carácter dulce y se había educado en la piedad cristiana, de pronto, y tal día como hoy, vióse iluminada de un rayo de la gracia divina. En el momento mismo en que la media noche recordaba a los fieles la hora en que vino al mundo el Redentor, contra su costumbre entró en el salón de los banquetes, donde los tres bandidos, sentados junto a la lumbre, relataban sus crímenes entre los excesos de una orgía. Estaban ya casi borrachos. Exaltada por la fe, con vivas palabras les pintó la maldad de sus acciones y las penas eternas con que serían castigados; lloró, imploró, se arrodilló ante *Ghismondo* y con su mano blanca extendida tocó el corazón que apenas había latido por amor a ella, queriendo despertar algún sentimiento humano. Era aquello, señores míos, tarea superior a sus fuerzas, y *Ghismondo*, excitado por sus bárbaros amigotes de orgía, respondió dándole una puñalada que la atravesó el pecho...»

—¡Qué monstruo!—gritó *Sergy*, tan conmovido como si escuchara el relato de una historia verdadera.

Esteban prosiguió:

«Tan horrible incidente no disminuyó en lo más mínimo la licencia y la alegría acostumbradas. Los

tres comensales siguieron bebiendo y entonando canciones sacrílegas ante el cadáver de la pobre muchacha, y eran las tres de la mañana cuando, no oyendo ruido alguno, entraron en la sala los hombres de armas para levantar aquellos cuatro cuerpos inertes que yacían sobre charcos de sangre y de vino. Sin pestañear siquiera, llevaron los tres cuerpos de los borrachos a las respectivas camas y envolvieron el cadáver en un sudario.»

Detúvose Esteban, y después de una pausa muy solemne continuó:

«Pero el castigo divino, la justicia infalible de Dios, habían de tener efecto. No bien con el sueño habían comenzado a disiparse los vapores que enturbiaban la razón de *Ghismondo*, cuando vió entrar en la estancia a *Inés*, que marchaba con pasos lentos, no bella y trémula de amor y de voluptuosidad como otras veces, ni vestida con tejidos finísimos prontos a caer, sino lívida, ensangrentada, arrastrando el amplio sudario de los muertos y extendiendo hacia él una mano ardiente, que cayó con rudo peso sobre su corazón, sobre el mismo sitio que en vano oprimiera horas antes la mano blanca y temblorosa. Sujeto por una fuerza invencible, *Ghismondo* quiso en vano substraerse a aquella espantosa aparición. Los esfuerzos que hizo y los dolores que sintió, sólo en gemidos ahogados y confusos pudieron manifestarse. La mano implacable estuvo como clavada sobre el corazón de *Ghismondo*, que ardía, y así estuvo abrasadora hasta la salida del Sol, momento en que se desvaneció el fantasma.

Los cómplices recibieron al mismo tiempo la misma aparición y sufrieron iguales tormentos.

»En la madrugada siguiente, en todas las madrugadas de un año sin fin, cuando los malditos se encontraban se preguntaban con la mirada, porque de otro modo no osaban hacerlo, qué pesadilla habría acongojado a cada cual la noche anterior; pero la comunidad en los peligros y en el producto de las extorsiones los unía para cometer nuevos crímenes, y el misterio de la noche los llamaba a renovadas orgías, que procuraban prolongar. Lo que temían eran las horas del sueño; llegadas éstas, la mano vengadora los quemaba el corazón cual hierro candente.

»Y al cabo llegó el aniversario de aquella noche, el 24 de diciembre—¡tal día como hoy, señores míos!—, e igual que siempre la cena los juntó cerca del fuego, y en esto las campanas de Mataró, congregando a los fieles, anunciaron la hora de la redención... De improviso oyóse una voz en la galería del castillo: «¡Aquí estoy!», gritaba *Inés*, porque era ella misma. Viéronla entrar en el salón, despojarse del fúnebre sudario y sentarse junto a ellos, ricamente ataviada. Asombrados, aterrados, viéronla asimismo comer del pan y beber el vino de los vivos, y hasta dicen que cantó y danzó siguiendo las costumbres de aquellos tiempos; en seguida su mano ardiente, como en el misterio de las pesadillas, se posó en el corazón del caballero, en el del escudero y en el del paje. Y entonces concluyó para los tres esta vida pasajera, porque los corazones, calcinados, reducidos a cenizas, dejaron de enviar

sangre a las arterias... Eran las tres de la mañana cuando, no oyendo ruido alguno, entraron en la sala los hombres de armas, y aquella noche recogieron cuatro cadáveres. Al salir el Sol nadie despertó...»

A Sergy parecía interesarle mucho el relato, de seguro porque las ideas que éste suscitaba en su imaginación casaban bien con sus ensueños; Boutraix lanzaba algún que otro respingo denotando enojo e impaciencia, y el actor Bascara dejaba escapar entre dientes como un murmullo de palabras ininteligibles que venían a ser triste y monótono acompañamiento de la terrorífica narración del *arriero*; y el acompasado movimiento de sus manos me hizo suponer que desgranaba las cuentas del rosario. De mí sé decir que admiraba aquellos retazos poéticos de leyenda tanto como lo bien que los enarzaba en su relato un hombre rústico, un hombre ingenuo que los daba un colorido digno de imaginaciones educadas y de buen gusto.

—Aun no he concluído, señores—prosiguió Esteban—, y les ruego que atiendan antes de persistir en su arriesgado propósito.

Y continuó:

«Muerto *Ghismondo* y muertos sus hombres, la abominable guarida fué odiada de todos, y aun el camino de ella dejó de ser transitado, como pueden ustedes ver. El castillo quedó habitado no más que por el demonio. Sólo se sabe, y de ello no hay duda, que todos los años, el 24 de diciembre, a las doce de la noche—¡hoy, señores, y pronto sonará la hora!—,

los huecos del edificio se iluminan de súbito. Los que osaron penetrar estos espantosos arcanos dicen que en tal momento el caballero, el escudero y el paje vuelven al mundo de los muertos para celebrar la orgía sangrienta. Es el sino que habrán de cumplir hasta la consumación de los siglos. Un poco más tarde entra *Inés* envuelta en el sudario, del que se despoja para lucir ricos atavíos; *Inés*, que come y bebe con ellos y que luego canta y danza. Cuando el delirio de una alegría loca los hace creer que aquello será duradero, *Inés* descubre la herida sangrante de su pecho y luego los toca en el corazón con su mano ardiente; ella torna a las llamas del Purgatorio y ellos a los suplicios del Infierno...»

Estas últimas palabras arrancaron a Boutraix tales risotadas, que parecía a punto de ahogarse.

—¡Malos diablos te lleven!—gritó descargando sobre el *arriero* un puñetazo rudamente amistoso—. Casi me han conmovido las patrañas que contaste, muy bien por cierto, y estaba a punto de emocionarme como un tonto, cuando eso del Infierno y del Purgatorio me volvió a la razón. ¡Catalán, amigo mío, prejuicios! ¡Prejuicios de niño que se asusta hasta de las máscaras! ¡Añejas fábulas de la superstición, que sólo en España son creídas! Pronto verás si el temor al diablo hace que yo encuentre que es bueno nuestro vino... Entre paréntesis; esto me recuerda que tengo sed. Haznos el favor de arrear a las mulas, porque por ver pronto la cena yo sería ahora capaz de beber a la salud del mismo Satanás.

—Eso decía mi padre en Mataró una noche de

francachela con soldados de su compañía—respondió el *arriero*—. Pedía más vino al posadero, y éste le contestó: «Vete a beberle al castillo de *Ghismondo*.» «Pues iré», respondió mi padre, que era impío como un gabacho, y añadió: «y juro por Dios que le beberé, aunque sea el mismo Satanás quien me lo sirva.» «¡No irás; oh, no irás!» «Iré», replicó añadiendo una blasfemia. Y se empeñó y fué.

—Bueno—dijo Sergy—, no hagas caso de lo que dice Boutraix y cuéntanos lo que vió de espantable tu padre en el castillo.

«Lo que ya dije, señores. Después de haber andado por una larga galería con cuadros muy antiguos, llegó al umbral de la sala de los banquetes, y como estaba abierta la puerta, miró tranquilamente. Los condenados estaban sentados a la mesa; *Inés* les mostraba la herida sangrante; luego danzó, y como cada paso la acercaba al lugar en que estaba mi padre, éste sintió oprimido el corazón, y sobrecogido por la idea de que llegase a él, cayó al suelo como muerto cuan largo era. Volvió en sí al día siguiente en el atrio de la iglesia parroquial.»

—Que era donde se quedó dormido la víspera—replicó Boutraix—, porque el vino no le dejó ir más lejos. ¡Pobre Esteban; sueños de borracho! Que la tierra le sea a tu padre tan leve como movida y vacilante la encontró muchas veces en vida bajo sus pies. Mas ¿dónde está ese castillo infernal, que no acabamos de llegar a él?

—Ya estamos—contestó el *arriero* deteniendo a las mulas.

—Y ya era hora—dijo Sergy—, porque vuelve la tormenta, y hasta han sonado truenos, lo que me parece raro en invierno.

—En tal día como hoy siempre se los oye en el castillo de *Ghismondo*—contestó el arriero.

No había acabado de hablar y un relámpago deslumbrador, que desgarró las nubes, nos mostraba las murallas del vetusto castillo y sus torrecillas agrupadas como tropel de espectros, alzándose todo en grande explanada sobre piedra viva.

La puerta principal parecía estar cerrada desde muchos años antes; pero los goznes superiores habían cedido a la acción del tiempo y de los elementos, juntamente con las piedras que los sujetaban, y los batientes, apoyados el uno en el otro, carcomidos por las aguas y destrózos por los vientos, se desplomaban cual si fuesen a caer en el porche. No nos costó mucho esfuerzo derribar aquello. En el espacio que al caer dejaron abierto en su base, y por el que un hombre hubiera pasado con trabajo, se amontonaban escombros de la cimbra y de la bóveda, que hubimos de separar, y cuando con los saúbles quitamos las ramas de arbustos que crecieran en los intersticios de las piedras, el carro entró en un amplio patio cuyas losas no habían sido holladas por ruedas desde los días de Fernando el Católico. Entonces encendimos algunas de las antorchas de que nos habíamos provisto en Mataró; las llamas de ellas, avivadas por fuerte corriente de aire, resistían victoriosas el vuelo de innúmeras aves nocturnas que salían de todas las hendeduras del viejo

edificio lanzando gritos de sorpresa. Esta escena, que en verdad tenía algo de extraordinario y de siniestro, sin quererlo me recordó la bajada de Don Quijote a la cueva de Montesinos, y cuando, riendo de buena gana, lo hice notar a todos, acaso hubiese arrancado una sonrisa aun al *arriero* y a Bascara, si éstos hubieran podido sonreír, porque cada paso que dábamos aumentaba la consternación de ambos.

Entramos, como digo, en el patio principal. A la derecha veíase un amplio cobertizo, que en tiempos debió de servir para albergar a los caballos del señor, como lo declaraban fuertes anillas de hierro clavadas en la muralla. Nos fué grata la idea de que podíamos alojar bien al ganado, y hasta el mismo Esteban pareció ceder en su miedo, porque le preocupaba la comodidad y el descanso de sus mulas. Se colocaron dos antorchas en dos ganchos, que parecían preparados para sujetarlas, y su luz alumbró alegremente una cuadra. Se dió el pienso, que en abundancia traíamos, a las mulas famélicas y extenuadas, y todo ello hizo que el recinto presentase un aspecto regocijante muy grato de ver.

—No está mal, señores—dijo Esteban un tanto tranquilo—. Ya veo que mis mulas no pasarán mal la noche. Y como hay un refrán que dice «que el carretero está bien allí donde están a gusto sus mulas», si ustedes quieren darme algo para cenar junto a ellas, creo que me encontrarán bien mañana, porque temo menos a los diablos de las cuadras que a los de los salones. Estos de las cuadras son unos

buenos diablos, a los que ya estoy hecho, y sus maldades con el ganado se reducen a enredarles las crines y pasarles la almohaza a contrapelo. Cuanto a nosotros los *arrieros*, pobres gentes, ellos se contentan con pellizcarnos de modo que nos dejan para una semana cierta señal amarillenta que no se borra con toda el agua del Ter, o bien nos dan calambres que parecen retorcernos la molla y el hueso de una pierna, o se nos suben, riendo como locos, en la boca del estómago. Me siento con valor para afrontar esto y más con la gracia del Señor y con las tres botellas de Palamós que me prometió el capitán.

—Aquí las tienes—dije ayudándole a desenganchar el vehículo—, y además estos dos panes y este cuarto de cordero asado. Y ahora, señores, que la caballería y el tren están acomodados vamos a proveer arriba al alojamiento de los infantes.

Encendimos cuatro antorchas y enfilamos la escalera grande, subiendo por los escombros que la obstruían, marchando Bascara entre Sergy y Boutraix, que le animaba con la palabra y con el ejemplo; así que su miedo cedía al pundonor, acicate tan poderoso para españoles. Declaro que aquella incursión sin peligros tenía algo de aventurada y fantástica, por lo que mi imaginación se sentía halagada íntimamente, y puedo añadir que presentaba algunas dificultades muy al caso para estimular nuestro ardimiento. Trozos de los muros se habían hundido aquí y acullá, levantando en veinte sitios distintos otras tantas barricadas, que era preciso salvar. Techumbres, vigas, pies derechos enteros,

separados por la parte superior de la armadura, se cruzaban y entrecruzaban sobre los escalones rotos, erizados de aristas, que hollaban nuestros pies. Las viejas ventanas rasgadas que en tiempos dieron luz al vestíbulo y a la escalera habían desaparecido a los ultrajes de los siglos, y si sabíamos que las hubo era porque la suela de nuestras botas quebraba pedazos de vidrio. Un viento impetuoso, cargado de nieve, se introducía con hórrido silbar por aquellos huecos que fueron ventanas uno o dos siglos antes, y una vegetación salvaje, cuyas semillas llevaron las tempestades, aumentaba las dificultades del camino y el horror de tales sitios. Sin decirlo, pensé que un soldado valeroso acometería con mayor ímpetu el ataque a un reducto o el asalto a una fortaleza. Al cabo llegamos al descansillo del primer piso, y respiramos un momento.

Abriase a la derecha un corredor largo, estrecho y obscuro, que nuestras cuatro antorchas, colocadas a la entrada, no pudieron iluminar por completo. Ante nosotros estaba la puerta de una habitación o, mejor dicho, el lugar en que estuvo. Realizar esta nueva invasión no nos costó más esfuerzo que el de entrar antorcha en mano en amplio salón cuadrado, que debió de ser cuerpo de guardia, por lo menos así nos pareció juzgando por las banquetas destrozadas que había adosadas en las cuatro paredes y por algunos trofeos de armas, casi deshechas del orín, que pendían de las paredes. Cruzamos la enorme estancia no sin que nuestros pies hiciesen rodar cuatro o cinco cuentos de lanzas y otros tantos cañones de

arcabuces. Por uno de sus ángulos daba esta sala a otro corredor aun más largo que el que ya vimos y no de mucha anchura; uno de sus lados tenía numerosas ventanas, tan desguarnecidas como las de la escalera, en alguna de las cuales todavía hacía sonar el viento algún resto de batiente. El pavimento de esta parte de la edificación de tal modo estaba destrozado por las mudanzas atmosféricas, y sobre todo por las lluvias, que no encajaban las vigas en sus mortajas y sólo se sostenían en ellas por tenue y destrozado remate. Así, todo crujía, bajando y subiendo a nuestras pisadas con elasticidad harto inquietadora, mientras nuestras botas hollaban un polvo espeso y compacto. Acá y allá las partes menos sólidas estaban resquebrajadas, formando las grietas dibujos extraños, que el caminar de un visitante más temerario que yo no hubiera sondeado sin riesgo. Bruscamente llevé a mis camaradas al lado de la izquierda, donde el paso parecía menos peligroso. Aquel muro estaba cubierto de cuadros con pinturas.

—Tan cierto como que no hay Dios—dijo Boutraix—, que éstos son los cuadros. ¿Estuvo aquí el borracho que engendró a ese majadero Esteban?

—¡Oh, no!—replicó Sergy con risa un tanto irónica—. Se quedó dormido en el atrio de la iglesia de Mataró porque el vino que había bebido no le dejó llegar aquí.

—No te pregunto tu opinión—contestó Boutraix mirando al través de sus lentes aquellos cuadros polvorientos y dislocados que cubrían la pared en

líneas desiguales, formando ángulos caprichosos, porque ninguno ocupaba la perpendicular—. En efecto; son cuadros, y hasta retratos, si no me equivoco. Toda la familia de *las Sierras* dejó su vera efigie en esta guarida.

En otras circunstancias aquellas muestras del arte de siglos remotos hubiesen atraído nuestra atención; mas en tales momentos nos urgía tanto hallar un albergue cómodo y tranquilo, que no podíamos perder el tiempo examinando uno a uno lienzos borrosos, porque la pintura había desaparecido con la humedad y por los años. No obstante, al llegar a los últimos retratos, Sergy, que los examinaba con su antorcha, vivamente emocionado me cogió del brazo.

—¡Mira!—exclamó—. Mira este caballero de faz siniestra, cuya frente sombrean las plumas rojas del birrete. ¡Debe de ser el mismo *Ghismondo*! ¡Observa cuán maravillosamente expresó el pintor, con pinceladas aun frescas, las huellas del vicio y los sobresaltos del crimen! ¡Qué pena!

—El retrato que sigue a éste te compensará— dije sonriendo a su hipótesis—. Es el de una mujer, y si estuviese mejor cuidado y más cercano a nosotros te extasiarías admirando los encantos de *Inés de las Sierras*, porque bien podemos suponer que es a ella a quien representa. Lo que de él podemos distinguir es lo bastante para producir vivísima impresión. ¡Qué elegancia la de ese talle esbelto! ¡Cuánto atractivo en la actitud! ¡Y ese brazo y esa mano, tan perfectamente modelados, qué

de bellezas no delatan en todo un conjunto que no podemos ver! ¡Así es como debía de ser *Inés!*

—Y así es como era—replicó Sergy arrastrándome hacia él—, porque desde este sitio veo sus ojos. ¡Oh, jamás habló al alma una expresión más apasionada! ¡Nunca salió del pincel una vida más verdadera! Sigue el lienzo por los desconchados hasta el dulce contorno de las mejillas, junto a una boca encantadora, y verás, como yo, moverse desdeñosos los labios, donde se siente anhelar toda la embriaguez del amor...

—Todo esto no me daría sino una idea incompleta—dije con frialdad—de cómo podría ser una mujer bella en la corte de Carlos V.

—¡En la corte de Carlos V!—contestó Sergy bajando la voz—. ¡Es verdad!

—Mirad esto—dijo Boutraix, a quien la estatura le permitía llegar a la moldura gótica del cuadro, de la que había limpiado una cartela con el pañuelo—. Ved un nombre escrito en alemán o en hebreo, salvo que lo esté en siríaco o en bajo bretón. ¡Que los demonios se lleven al que descifre lo que aquí dice! Antes que intentarlo, yo preferiría interpretar el *Corán*.

Sergy lanzó un grito de entusiasmo.

—¡*Inés de las Sierras!* ¡*Inés de las Sierras!*— repetía frenético, apretando mi mano—. Lee tú mismo.

—«*Inés de las Sierras*»—respondí—. Es ella, y estas tres montañas de sinople o verdes en campo de oro debían de ser las armas de la casa. Parece que

existió realmente esta criatura infeliz y que habitó en este castillo. Mas ya va siendo tiempo de que encontremos sitio para descansar. ¿Estáis todos dispuestos a seguir adelante?

—¡Venid, señores, venid!—gritó Boutraix, que marchaba el primero—. Aquí tenéis un espléndido salón, donde no nos acordaremos para nada de las encharcadas calles de Mataró: una estancia digna de un príncipe o de un intendente del ejército. Al señor *Ghismondo* le gustaba estar bien alojado, y nada hay que decir de cómo está dispuesto todo. ¡Soberbio cuarto de banderas!

Aquella pieza inmensa era lo único bien conservado de cuanto habíamos visto. Unas ventanas estrechas abiertas en el fondo la iluminarían de día, y por lo favorable de su disposición habíanse librado de la ruina general del edificio. La parte baja de las paredes, cubierta de guadameciles, y los amplios sillones, también de cuero labrado, tenían un aire de magnificencia imponente realzado por la vejez de todo el conjunto. La chimenea era colosal, y abría su boca insondable en el muro de la izquierda; se la diría levantada para veladas de gigantes. Los maderos de las ruinas nos hubieran dado fuego para centenares de noches como la que íbamos a pasar. Una mesa redonda, cercana a la chimenea, nos recordó las sacrílegas orgías de *Ghismondo* y sus compañeros, y francamente digo que la miré un tanto sobresaltado.

Hubimos de hacer caminatas para abastecernos de leña y para traer las vituallas, y aun nuestros

equipajes, que la mojadura de la jornada podía estropear. Todo arribó sin menoscabo al salón, y el vestuario de la compañía de Bascara, extendido para secarse cerca del fuego en los respaldos de los sillones, brillaba alegre con el lujo ficticio y hasta con la frescura un si es no es marchita que le dan los quinqués. Verdad que el «comedor» de *Ghismondo*, iluminado por diez hachas que habíamos colocado en diez candeleros antiquísimos, estaba mucho mejor alumbrado que lo estuvieran—en lo que recuerda la memoria del hombre—los teatros de un villorrio de Cataluña. Únicamente la parte más alejada, la que daba acceso a la galería de los retratos, por donde habíamos entrado, aparecía tenebrosa. Hubiérase dicho que toda la obscuridad se reunió en aquel rincón para dar apariencias de verosimilitud a las hablillas del vulgo, y la noche era como la podía ver un poeta.

—Estoy seguro—dije ayudando a mis compañeros a disponer la cena—que esto que hacemos ahora será un hecho que confirme la superstición de los moradores de la llanura. Casi es la hora en que todos los años llega aquí *Ghismondo* para tomar parte en el banquete infernal, y la luz que sale de estas ventanas delatará ni más ni menos que una fiesta demoníaca. Acaso circunstancias parecidas a éstas dan fundamento a la vieja leyenda que nos contó Esteban.

—Agrega—dijo Boutraix—que la idea fantástica de reproducir la escena con todos los detalles pudo muy bien surgir en las locas cabezas de aventureros

de buen humor, por donde no es imposible que el padre de nuestro *arriero* presenciara una farsa. Y ello es que nosotros estamos maravillosamente provistos para imitarlos—prosiguió, cogiendo pieza por pieza los guiñapos de los cómicos de la legua—. Aquí tenemos un disfraz de caballero que parece hecho para el capitán; con estas otras vestimentas yo seré el escudero del maldito, aquel escudero que quizá fué un «buen mozo», y este lindo traje, que hará aún más bella la cara lánguida del esbelto Sergy, le dará la apariencia del más seductor de los pajes. ¡Convengamos en que esta idea mía es feliz y, sobre todo, en que pasaremos una noche alegre!

Diciendo y haciendo, Boutraix se encajaba el disfraz y nosotros le imitamos riendo, porque nada es tan contagioso para los jóvenes como lo extravagante. Con todo, cuidamos de ceñirnos al cinto los sables y las pistolas, armas que, por lo antiguo de su fabricación, no desdecían mucho de los disfraces. Si los héroes de la galería de *Ghismondo* hubiesen dejado sus lienzos góticos hubieran encontrado que no éramos un grande anacronismo en el castillo señorial.

—¿Y quién será la bella *Inés*?—preguntó Boutraix—. Se nos olvidó ese detalle. El señor Bascara, a quien Natura otorgó dones físicos que las tres Gracias envidiarían, y perdone, podría encargarse de tal papel por esta vez no más, y a petición del «respetable público».

—Señores—replicó el aludido—, con sumo gusto me presto siempre a seguir todas aquellas chanzas

que no tocan a la salvación del alma, incluso porque ello está en mi profesión; pero la broma que ustedes me proponen es de tal género, que mi conciencia me veda tomar parte en ella. Ustedes verán, quizá para su mal, que no se puede provocar impunemente a los poderes infernales. Diviértanse como quieran, ya que la gracia divina no llegó a sus almas; pero déjenme a mí renunciar a los goces de Satanás y que no pida otra cosa que salir con bien de ésta para recogerme en alguna casa del Señor. Como hermano vuestro en Jesús—y bendito sea su nombre por siempre jamás—, sólo suplico que me dejen pasar la noche en este sillón, con algo de pitanza que sostenga mi cuerpo miserable y me dé fuerzas para rezar.

—Bueno—exclamó Boutraix—, esa jaculatoria merece este pato asado y estas dos botellas. Estése tranquilo en el sillón, coma, beba, rece y duerma. ¡Al cabo un loco! Y a todo esto—añadió sentándose y vaciando un vaso—*Inés* no viene sino a los postres, y estoy cierto de que vendrá.

—¡El Señor nos libre!—dijo Bascara.

Sentéme de espaldas a la lumbre, colocóse el «escudero» a mi derecha y el «paje» a mi izquierda. Frente a mí estaba dispuesto y desocupado el sitio que había de ocupar *Inés*. Miré en torno de la mesa, ya aparejada, y bien por preocupación o por debilidad de mi espíritu encontré que la burla tenía algo de serio que me oprimía el corazón. Más deseoso que yo de emociones novelescas, Sergy estaba conmovido. Boutraix bebía.

—¿Cómo es—dijo Sergy—que ciertas ideas solemnes, de las que se burlan los filósofos, no pierden nunca por completo el dominio ni aun sobre los espíritus más firmes e ilustrados? ¿Es que está en la naturaleza del hombre la necesidad de elevarse hasta lo maravilloso para tornar a la posesión de algún privilegio que le fuera arrancado antes y que fué la parte más noble de su esencia?

—A fe mía—respondió Boutraix—que tal supuesto no merecería que yo le diera crédito ni aun cuando le hubieses enunciado en términos fácilmente comprensibles. El efecto de que hablas es sencillamente el influjo de un viejo hábito de los órganos del cerebro, que conservan como moldeados en su cara blanda, que el tiempo endureció, las necias huellas que nuestras madres o nuestras nodrizas imprimieran cuando éramos niños. Todo ello lo explica admirablemente Voltaire en un libro soberbio cuya lectura te recomiendo para cuando tengas tiempo. Discurrir de otro modo es rebajarse al nivel de ese alma de Dios que desde hace un cuarto de hora masculla el *Benedicite* sobre su cena sin atreverse a hincarla el diente.

Insistió Sergy; Boutraix defendió su tesis palmo a palmo, parapetándose, cual de costumbre, en los supremos argumentos de «prejuicio», «superstición», «fanatismo». Nunca le vi tan tenaz ni tan despectivo en las lides metafísicas. Pero la porfía no se mantuvo mucho tiempo en las sublimes regiones de la inteligencia, porque el vino aquel era del que se sube a la cabeza, y los tres bebíamos de firme

cual si no tuviésemos otra cosa que hacer. Nuestros relojes señalaban las doce, habíamos trasegado más de la cuenta, y a un tiempo, y llenos de alborozo, cual si nos quitásemos de encima alguna inquietud oculta, exclamemos:

—¡Las doce! ¡Las doce e *Inés de las Sierras* no viene!

El haber coincidido en una observación tan pueril nos hizo reír alegremente.

—¡Señores!—exclamó Boutraix levantándose y procurando encubrir el temblor de sus piernas, producido por el vino, con cierto aire de abandono y de confianza. Aunque la hermosa dama no haya querido asistir a esta alegre reunión, la caballerosa galantería que hemos profesado nos veda olvidarnos de ella. ¡Así que yo levanto mi vaso y bebo por la salud de la noble *Inés de las Sierras* y por que esté cercana su liberación!

—¡Por *Inés de las Sierras*!—gritó Sergy.

—¡Por *Inés de las Sierras*!—repetí, chocando mi vaso medio vacío con los llenos hasta los bordes de mis amigos.

—¡Aquí estoy!—se oyó gritar en la galería de los retratos.

—¡Eh?—dijo Boutraix sentándose—. La burla no está mal; pero, ¿quién es el autor de ella?

Miré detrás de mí. Bascara, lívido como un muerto, se había agarrotado a los brazos de su sillón.

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!—se oyó de nuevo—. ¡Que la salud y el buen humor sean con los huéspedes del castillo de *Ghismondo*!

—Es voz de mujer, y de mujer joven—dijo Sergy levantándose con noble y graciosa firmeza.

En aquel momento, y en la parte obscura del salón a que ya me referí, vimos una fantasma blanquísima que venía a nosotros con rapidez increíble y que, cuando estuvo al alcance de nuestras manos, se despojó de un sudario. Pasó cerca de nosotros, que estábamos en pie y con la mano derecha en la empuñadura de los sables, y se sentó en el sitio de la mesa que habíamos guardado para *Inés*.

—Aquí estoy—dijo otra vez la fantasma, exhalando un hondísimo suspiro y separando a derecha y a izquierda los rizos de su negrísima cabellera, sujeta por una cinta de color de amapola.

¡Nunca vieron mis ojos belleza más completa!

—Verdaderamente—dije en tono confidencial— es una mujer, y puesto que hemos convenido en que aquí no puede ocurrir nada que no sea perfectamente natural, pase lo que pase, nuestra conducta ha de ser la que manda la galantería francesa. Lo que ocurra después nos explicará el misterio, si éste tiene explicación.

Nos sentamos y servimos a la desconocida, que más que apetito parecía tener hambre. Comió y bebió sin decir palabra. A los pocos instantes parecía haberse olvidado de todo, y cada uno de los actores de esta escena singular estaba como absorto, inmóvil, callado cual si le hubiese convertido en piedra la varita mágica de alguna hechicera. Bascara había caído al suelo junto a mí, y yo le hubiera creído muerto de miedo de no haberme tranquil-

zado el convulsivo movimiento de sus manos cruzadas para la oración. Boutraix ni respiraba siquiera, y algo así como un aniquilamiento total había reemplazado a la expresión báquica de su rostro; hasta las chapetas rojas de la embriaguez que alegraban sus mejillas habíanse trocado en palidez de muerto. Con no menor poderío, el sentimiento encadenaba el pensamiento de Sergy; pero sus sensaciones debían de ser dulcísimas a juzgar por las miradas. Fijos en la aparición sus ojos, con todo el fuego del amor, parecía como si en ellos quisiera retenerla para siempre como el hombre dormido que teme despertar, porque entonces perderá el hechizo indecible de un hermoso ensueño. Y he de decir que la ilusión era digna de ser conservada, porque en la naturaleza toda no se podría hallar belleza viva que se le pudiera comparar. Y crean ustedes que no exagero.

La desconocida no pasaba de los veinte años; mas las pasiones, las desgracias (o la muerte) pusieron en los rasgos de su cara y aun de su cuerpo aquellos trazos de perfección inmutable, de serena y eterna regularidad con que el cincel de los antiguos consagró el tipo de los dioses. Nada había en aquel rostro que perteneciese a lo terreno, nada que pudiera temer la ofensa de una comparación. Y éste fué mi juicio frío y severo, porque entonces mi razón estaba bien apercibida contra las locas sorpresas del amor. Ustedes me dispensarán si no trazo pintura alguna; que cada cual imagine lo más bello. Si alguno llega a forjarse una representación

que se acerque a la realidad, tenga por cierto que lo real era mil veces más bello que cuanto pueda expresar el artificio de la palabra, de la pluma y del pincel. Con todo, y ello atestigua mi imparcialidad, diré que en aquella frente noble y tersa se veía un pliegue oblicuo, una arruga casi imperceptible que movía un poco más arriba de las cejas, y que en la mirada divina, llena de luz, de aquellos grandes ojos azules, orlados de pestañas negras como el azabache, se advertía cierta vaguedad e indecisión, cual si los turbara una duda inquietante que quería darse cuenta de sí misma. Estas eran las imperfecciones que yo vi en el modelo, y respondo de que Sergy no paró mientes en ellas.

Lo que más sorpresa me produjo cuando pude observar detalles fué la vestimenta de la dama misteriosa. Estaba seguro de haberla visto en alguna parte y de que no hacía mucho tiempo de ello, y no tardé en caer en la cuenta de que la había contemplado en el retrato de *Inés*. Aquellos atavíos parecían sacados, cual los nuestros, del guardarropa de algún hábil sastre de teatros; pero se veía bien que carecían de la frescura de los que nosotros vestíamos. Su traje era de damasco verde riquísimo, pero tan ajado y descolorido, y sujeto además por unas cintas marchitas, que todo debió de pertenecer a alguna mujer muerta hacía siglos; por esto pensé, con un ligero escalofrío, que si lo tocaba sentiría el frío húmedo de la tumba. Ciertamente que en seguida rechacé tal idea, indigna de un entendi-

miento razonable, y volví al pleno y perfecto ejercicio de mis facultades.

En esto la recién llegada rompió el silencio, diciendo con acento encantador:

—¡Cómo, nobles caballeros!—y en sus labios se dibujó una sonrisa de reproche—. ¿Habré tenido la desgracia de venir a turbar los placeres de esta grata velada? Cuando llegué aquí no pensabais sino en gozar del placer de estar juntos; cuando vine, vuestras risas alegres sonaban hasta despertar a las aves nocturnas que anidan en los lambrequines del castillo. Mas desde que está entre vosotros una mujer joven, a la que hasta en la villa y corte le fueron encontrados ciertos modestos atractivos, parece haber concluído vuestra alegría. ¿Tantas mudanzas hubo en el mundo desde que yo faltó de él?

—Perdonadnos, señora—dijo Sergý—; son tantos y tales vuestros atractivos, que la vista de ellos nos dejó suspensos, y la admiración es tan muda como el espanto.

—Yo agradezco a mi amigo esta justa explicación—continué yo—. Los sentimientos que al veros experimentamos no pueden expresarse con palabras. Cuanto a la visita con que nos habéis honrado, también es de tal naturaleza que hubo de sorprendernos tanto que hemos tardado algún tiempo en reponernos. Bien sabéis, señora, que nada podía hacernos sospechar tan grata compañía en estas ruinas deshabitadas desde hace muchos años, en estos lugares desolados, en esta hora tan avan-

zada de la noche y cuando los elementos todos de la Naturaleza desataron sus furores. Sed bien venida, señora, cual sin duda lo seréis allí donde os dignéis aparecer, y ahora, con todo respeto y para tributarnos los homenajes merecidos, os pido que nos digáis, si ello os place, a quién tenemos el honor de hablar.

—¡Mi nombre!—replicó vivamente—. ¿No le conocéis? ¡Pongo a Dios por testigo de que si vine aquí fué porque me llamasteis...!

—¡Que os hemos llamado!—exclamó Boutraix balbuciente y cubriéndose el rostro con las manos.

—Cierto—replicó sonriente—. Conozco bien las conveniencias sociales y la urbanidad para haber procedido de otro modo. Yo soy *Inés de las Sierras*.

—¡*Inés de las Sierras!*—gritó Boutraix tan consternado cual si un rayo hubiese caído a sus pies—. ¡Justicia eterna!

La miré de hito en hito y busqué en vano algo en su rostro que delatase el fingimiento o la mentira.

—Señora—dije con mayor tranquilidad de la que realmente sentía—, los disfraces con que nos habéis encontrado, y no niego que son impropios y hasta de muy mal gusto en esta noche santa, visten desde luego a hombres inaccesibles al miedo. Cualquiera que sea vuestro nombre; cualquiera que sea el motivo que os impulsó a disfrazaros, podéis tener la certeza de que hallaréis aquí una hospitalidad discreta y respetuosa. Desde luego, y de bonísima gana, nos avenimos a reconocer en vos a *Inés de las Sierras*, si esta burla, autorizada por las circuns-

tancias, agrada a vuestra imaginación; tanta belleza, y ella es el más firme de todos los prestigios, os da derecho a representar ese papel con un esplendor que jamás pudo tener; pero también os rogamos que os persuadáis de que esta concesión, grata para nuestra cortesía, no la otorga nuestra credulidad.

—¡Lejos de mí la idea de pedir os semejante cosa!—respondió *Inés* con dignidad—. Mas ¿quién podrá negarme el título que tomo en la casa de mis antepasados? ¡Oh!—continuó con creciente animación—. ¡Pagué tan cara mi primera falta, que ya creí satisfecha la justicia divina con el castigo sufrido! ¡Que la indulgencia que espero alcanzar de Dios algún día no llegue jamás a mí, que sufra por siempre las penas que me agobian si el nombre de *Inés de las Sierras* no es el mío verdadero! ¡Sí; yo soy *Inés de las Sierras*, la culpable y desdichada *Inés*! ¿Qué interés puedo tener en lanzar un nombre que, por el contrario, deseo ocultar, ni con cuál derecho rechazáis esta confesión de él, hartamente penosa, a una infortunada cuyo destino no demanda sino compasión?...

Salieron lágrimas de sus ojos. Sergy se acercó a ella con una emoción indecible, y Boutraix, que tenía la cabeza apoyada en los brazos puestos en codo, la dejó caer sobre la mesa.

—Tomad, señor—dijo arrancando de su brazo un brazalete de oro muy desgastado por los años y dejándole con cierto desdén ante mí—. Ahí tenéis el último regalo de mi madre, la única joya que me

queda en el oprobio y en la miseria de mi vida. Ved si soy en efecto *Inés de las Sierras* o bien una aventurera vil, entregada, por lo bajo de su nacimiento, a las diversiones del populacho.

Las tres montañas de sinople aparecían en el brazalete dibujadas por finísimas esmeraldas, y el nombre de «*las Sierras*», grabado en letras antiquísimas, se leía aún claramente.

Cogí respetuosamente la joya y se la devolví con profunda reverencia; pero era tal la exaltación de su espíritu, que no hizo caso de mí.

—¡Queréis más pruebas!—siguió delirante—. ¿No llegó a vuestros oídos el relato de mis desgracias? ¡Pues mirad!—añadió entreabriendo su corpiño y mostrando una cicatriz sobre uno de sus pechos—. ¡Aquí entró el puñal!

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—gritó Boutraix levantando la cabeza y dejándose caer sobre el respaldo del sillón, agitado de un modo inexpresable.

—¡Oh los hombres! ¡Los hombres!—dijo *Inés* en tono de amargo desprecio—. ¡Saben matar a las mujeres y sienten miedo cuando ven la herida!...

El movimiento de pudor y de compasión que hizo para cerrar el corpiño y ocultar la herida a los ojos de Boutraix dejó ver el otro pecho a Sergy, cuya emoción llegaba al paroxismo, y yo comprendía bien la embriaguez de mi amigo para atreverme a condenarla.

Se hizo otra vez el silencio, ahora más largo, más completo, más triste que antes. Cada cual estaba absorto en sus preocupaciones; Boutraix, opreso

de un terror irreflexivo, era incapaz de razonar; Sergy estaba embriagado por las ansias recónditas de un amor naciente, porque el objeto de este amor realizaba los ensueños inefables de su imaginación loca, y yo pensaba en inescrutables misterios acerca de los cuales comencé a sospechar que me había forjado en lo pasado opiniones un tanto temerarias. Debíamos de parecernos entonces a aquellos hombres petrificados de que nos hablan los cuentos orientales, a seres a quien la muerte paralizó en plena vida y que conservan para siempre los rasgos y la expresión del sentimiento pasajero que los embargara cuando aquélla llegó. La fisonomía de *Inés* parecía muy animada en cambio, pero al través de la multitud de aspectos variados que le daba un encadenamiento inexplicable de ideas, cual si estuviese soñando, hubiera sido imposible aun al mejor observador determinar cuál sensación la dominaba.

Fué ella quien, riendo, puso fin al silencio.

—No me acuerdo ya—dijo—de lo que os pedía que me explicaseis hace un momento; pero ya sabéis que mi pensamiento no basta para hablar con los humanos desde que una mano que yo amaba me asesinó, me arrojó entre los muertos. Os suplico compasión para una inteligencia que resucita, y que me perdonéis, señores, si olvidé durante tanto tiempo que debo honrar el brindis que hacíais a mi salud cuando entré aquí. Señores—añadió con gracia infinita levantándose y presentándonos su vaso—, *Inés de las Sierras* bebe a vuestra salud.

¡Por vos, noble caballero, por que los hados os sean siempre propicios en vuestras empresas! ¡Por vos, escudero melancólico, al que un sentir secreto priva de la natural alegría, por que días felices os devuelvan una serenidad imperturbable! ¡Por vos, hermoso paje, cuya tierna languidez revela un alma absorta en dulces afanes, por que la mujer dichosa que atrajo vuestro amor responda a él con otro amor digno de vos, y si aun no amáis, por que encontréis pronto la bella que os ame! ¡Por vosotros todos, señores míos!

—¡Oh!—gritó Sergy—. ¡Yo amo y amo para siempre! ¡Quién podrá vivir y no amaros? ¡Por *Inés de las Sierras*! ¡Por la bella *Inés*!...

—¡Por *Inés de las Sierras*!—repetí levantándome de la butaca.

—¡Por *Inés de las Sierras*!—balbució Boutraix, casi sin cambiar de postura, y por vez primera en su vida no bebió después de un brindis solemne.

—¡Por todos vosotros!—repuso la aparecida bebiendo por segunda vez aunque sin apurar el vaso.

Sergy le cogió y le llevó a sus labios ardorosos. No sé por qué quise contenerle; me pareció que bebía allí su muerte.

Boutraix había vuelto a caer en un estupor reflexivo que absorbía todas las potencias de su alma.

—Ahora estamos bien—dijo *Inés* pasando un brazo por el cuello de Sergy y poniéndole en el pecho una mano tan ardiente cual la de la leyenda de Esteban—. Esta velada es la más dulce y encan-

tadora de cuantas yo recuerdo. ¡Estamos tan alegres y somos tan felices! ¿Y no creéis, señor escudero, que sólo nos falta el goce de la música?...

—¡Oh!—dijo Boutraix, que casi no podía articular palabra—. ¿Va a cantar?

—¡Cantad, cantad!—interrumpió Sergy, que acañiciaba con sus dedos temblorosos la cabellera de *Inés*—. Os lo pide vuestro Sergy.

—Ese es mi deseo—respondió—; pero la humedad de las cuevas debe de haber alterado mi voz, que antes todos encontraban bella y cristalina, y además no sé sino canciones tristes, indignas de una *tertulia* báquica, en la que deberían oírse no más que tonadas alegres. Esperad—prosiguió elevando al artesonado sus ojos celestiales y preluñdiando sonos encantadores—. Voy a cantar la romanza de la *Niña matada*, que será para vosotros tan nueva como para mí, porque la compondré cantando.

No hay nadie que no haya observado cómo el animado movimiento de la improvisación acrecienta los atractivos de una voz inspirada. ¡Pobre del hombre que traslada fríamente al papel su pensamiento, trabajándole, discutiéndole, contrastándole con la reflexión y por el tiempo; jamás llegará a conmover a las almas en sus más recónditas simpatías! Presenciar el alumbramiento de una grande concepción, verla surgir del genio del artista como Minerva de la cabeza de Júpiter, sentirse transportado por su desarrollo en las regiones desconocidas de la imaginación con las alas

de la elocuencia, de la poesía, de la música, es el goce mayor que le haya sido otorgado a nuestra imperfecta naturaleza, el único que le aproxima al mundo de la Divinidad, el mismo donde tuvo origen.

Lo que acabo de decir es lo que yo experimenté a los primeros acordes de *Inés*. Lo que después vino no hay palabras en ningún idioma que puedan expresarlo. Las dos esencias del ser mío se separaron distintamente en mi pensamiento: la una, inerte, grosera, hasta por su peso material, permanecía sentada en uno de los sillones de aquel salón de *Ghismondo*; la otra, transformada ya, ascendía a los cielos con las palabras de *Inés*, y, al arbitrio de ésta, recibía las impresiones inefables de una vida nueva, rica en voluptuosidades inagotables. Tengan ustedes por cierto que si algún genio desdichado duda de que hay una vida imperecedera sujeta por unos días a esta vida nuestra transitoria, y que este principio eterno se llama alma, es que no oyó cantar a *Inés*, o bien a una mujer que cantara cual ella.

Mis sentidos, ustedes lo saben, no están cerrados para este género de emociones; mas yo estoy muy lejos de creer que puedan sentir las en toda su plenitud. No le ocurría lo mismo a Seryg, cuyo organismo todo no era sino algo como un alma casi no sujeta, casi no unida a lo humano mas que por lazos fragilísimos, fáciles de desatar. Seryg gritaba, lloraba, no era él mismo, sobre todo cuando *Inés*, ascendiendo a lo más sublime de la inspiración,

parecía llamarle con una sonrisa. De Boutraix se diría que se despabilaba un tanto de su sombrío abatimiento; tenía fijos en *Inés* sus grandes ojos atentos, en los que un placer como de extrañeza reemplazara la expresión de espanto. Bascara seguía en la misma postura; mas las dulces sensaciones del artista comenzaban a predominar sobre los terrores del hombre vulgar. De cuando en cuando levantaba la frente, donde venían la admiración y el miedo, y suspiraba de éxtasis o de envidia.

Una admiración de entusiasmo estalló cuando *Inés* hubo terminado la romanza. Entonces ella misma llenó los vasos y deliberadamente chocó el suyo con el de Boutraix. Este retiró el que empuñaba con mano algo trémula, me miró y bebió. Llené yo de nuevo los vasos y felicité a *Inés*.

—¡Ay!—dijo—. Ya no sé cantar, o bien esta sala traicionó a mi voz. Antes no había un solo átomo de aire que no me contestara, que no me prestase su acorde. ¡La Naturaleza ya no tiene para mí esas armonías todopoderosas, a las que yo preguntaba, a las que escuchaba, aquellas que casaban bien con mis palabras cuando era dichosa y amada! ¡Oh Sergy—añadió mirándole con ternura—, para cantar bien se necesita sentirse amada!

—¡Amada!—exclamó Sergy cubriendo de besos su mano—. ¡Adorada, *Inés*; idolatrada como una diosa! ¡Si para inspirar tu genio es necesario el sacrificio de un corazón, de un alma, de la eternidad, canta, *Inés*; canta más, canta siempre!

—También danzaba antes—añadió reclinando

lánguidamente su cabeza en el hombro de Sergy—. Mas ¿cómo he de danzar sin música? ¡Mas qué milagro!—añadió como sorprendida—. ¿Cuál demonio propicio colocó estas castañuelas en mi cintura?...

Y las sacó riendo.

—¡Llegó el día irrevocable de la condenación!—dijo Boutraix—. ¡Ya está aquí! ¡El misterio de los misterios va a realizarse! ¡Se aproxima el juicio final! ¡Va a danzar!...

Mientras que Boutraix hablaba, *Inés* se había levantado y comenzaba con pasos lentos y graves, en los que con gracia imponderable desplegaba la majestad de sus formas y la nobleza de sus actitudes. Cuando cambiaba de sitio y se nos mostraba en nuevas actitudes, nuestra imaginación maravillada creía ver una nueva y bellísima mujer en el salón; de tal manera sabía sobrepujarse a sí misma en variedad inagotable de figuras y movimientos. Así, por transiciones súbitas la veíamos pasar de la gravedad seria a los transportes moderados del placer, luego a las muelles languideces de la voluptuosidad, después al delirio de los goces, en seguida a no sé cuál éxtasis aun más delirante que no tiene nombre. Tras esto desaparecía en las tenebrosidades lejanas del inmenso salón, y el ruido de las castañuelas se iba haciendo cada vez más débil, más débil, hasta extinguirse cuando ella desaparecía. Y después volvían los crótalos a sonar apagados, crecía gradualmente su sonido, y chocaban estruendosos cuando reaparecía súbita bajo los torrentes

de luz por el lugar más inesperado, y entonces se acercaba tanto a nosotros que nos rozaba con los vuelos de su vestido, y las castañuelas chocaban con una volubilidad desconcertadora, produciendo un ruido alegre como el canto de la cigarra, y aquí y allí, entre su monotonía, *Inés* lanzaba gritos penetrantes y de tal ternura que traspasaban el alma. Y volvía a alejarse, ocultándose a medias en la sombra, y tornaba a aparecer para desaparecer de nuevo, substrayéndose a su antojo de nuestras miradas, o mostrándose de nuevo a ellas, y cuando no se la veía ni se la oía escuchábamos una nota lejana, triste como el suspiro de una muchacha que muere, y estábamos absortos, palpitantes de emoción, de admiración y de temor, aguardando el momento en que su velo flotante volviese a ondular bajo la lumbre de las antorchas, en que su voz nos advirtiese el retorno con un grito de gozo, al que, sin querer, contestábamos, porque hacía vibrar en nosotros multitud de ocultas armonías. Entonces volvía, giraba sobre sí misma como flor que el viento arianca de la rama en sus torbellinos, se elevaba de la tierra cual si estuviera en su mano abandonarla, y caía tan suavemente como si dependiese de su voluntad el no tocarla, y no era que brincase con ímpetu, sino que saltaba de un modo tan natural que se hubiera dicho que no tocaba el suelo sino para huir de él. Y su gentil cabeza inclinada mostraba la expresión de una caricia impaciente, y sus brazos, graciosamente arqueados y entrelazados como en plegaria y como

llamando, parecían suplicarnos que la retuviésemos. Sergy cedió a aquella atracción suprema cuando yo también iba a ceder, y la estrechó entre los suyos.

—¡Quédate—dijo—o yo muero!

—¡Yo parto—exclamó—y moriré si tú no vienes!

Y cayó medio sentada en el sillón de Sergy, al cuello del cual entrelazó sus brazos. Aquella vez había cesado realmente de vernos.

—Oye, Sergy—prosiguió—: en la salida de este salón, y a la derecha, hallarás un corredor largo, estrecho y oscuro. (Le habíamos visto al entrar.) Síguele, pero con cuidado, porque todas sus losas están rotas. ¡Marcha, marcha siempre! Y no te detengas en los muchos recodos que tiene; no puedes perderte. Luego bajarás los escalones de piso en piso hasta los subterráneos. Faltan algunos, pero el amor salva todos los obstáculos como los salvó una débil mujer que vino a buscarte. ¡Marcha, marcha siempre! Llegarás a una escalera tortuosa, más destrozada aún que la anterior, pero yo te guiaré, porque me encontrarás allí. No te causen inquietud los buhos, porque desde hace tiempo son mis únicos amigos. Los buhos conocen mi voz, y la claridad que entra por los respiraderos del sepulcro en que habito me los hace ver en los mechinales con sus hijuelos. ¡Marcha, marcha siempre! ¡Ven, no tardes!... ¿Vendrás?

—¡Iré!—gritó Sergy—. ¡Oh, antes la muerte eterna que no seguirte adonde sea!...

En aquel momento *Inés* recogió el sudario, y no

la vimos más. Las tinieblas de aquel ángulo de la sala la ocultaron para siempre.

Yo me coloqué ante Sergy y le sujeté fuertemente; Boutraix, vuelto en sí por el peligro que podía correr nuestro compañero, vino en mi ayuda. El mismo Bascara se levantó.

—¡Teniente Sergy—dije—, como superior, como más antiguo en el servicio, como amigo y como capitán os prohibo moveros de aquí! ¿No ves, desgraciado, que eres responsable de la vida de todos nosotros? ¿No ves que esa mujer—¡hartó seductora, ay!—es el instrumento hechicero de alguna banda de «brigantes» ocultos en esta horrible fortaleza, y que se quiere nuestra perdición? ¡Ah, si estuvieras solo y con libertad para disponer de ti mismo me explicaría tu funesta obcecación y no podría hacer otra cosa que lamentarla por ti! En verdad que *Inés* tiene cuanto puede disculpar este sacrificio. Mas considera que se quiere reducir nuestro número, separándonos, y que si hemos de morir aquí debemos prevenirnos contra una emboscada grosera vendiendo muy cara nuestra vida a los asesinos. Sergy, eres nuestro y no te separarás de nosotros.

Sergy, cuya razón parecía combatida por sentimientos encontrados, me miró fijamente y cayó sin fuerzas sobre su sillón.

—Ahora, señores—dije cerrando trabajosamente la puerta, que se movía mal en sus goznes destrozados—, reunamos estos muebles viejos para hacer con ellos una barricada o parapeto. Mientras lo destrozan en un ataque que considero cierto tendre-

mos tiempo de aperebirnos y de tener prestas nuestras armas. Así resistiremos el ataque de veinte «brigantes», y dudo que haya tantos.

—Pienso lo mismo—dijo Boutraix cuando acabamos de tomar aquellas precauciones y volvimos a sentarnos en la mesa, donde ya estaba Bascara, algo tranquilizado por nuestra resolución—. Las medidas que acaba de adoptar el capitán las aconseja la prudencia, y ni aun el guerrero más intrépido realiza nada indigno de su bravura cuando se precave contra las sorpresas. Mas la idea que el capitán se ha forjado de este castillo me parece en absoluto falta de verosimilitud. Una banda de criminales no podría ocupar impunemente el castillo en estos tiempos en que vivimos, o sea bajo el terror de las armas y con la actividad infatigable de la policía; recordemos que este antiguo edificio está a poco más de media legua de una villa grande. Es ésta una cosa más imposible aún que aquellas otras cuya posibilidad habíamos negado.

—Vamos—dije riendo—, ¿crees tú, Boutraix, que Voltaire y Piron piensan lo mismo que tú?

—Mi capitán—dijo con fría dignidad, de la que no le hubiese creído capaz, y que sin duda le inspiraban las nuevas ideas que amenazaban a abrirse en su espíritu—; la ignorancia y la presunción de mis juicios merecen tal ironía, y no me ofendo. Creo que ni Piron ni Voltaire se explicarían mejor que yo lo que aquí ha ocurrido hace unos instantes; mas sea lo que fuere de este suceso y de los que puedan ocurrir aún, me permitiréis que piense que

los enemigos con quien tuviéramos que habérmolas no necesitan encontrar abiertas las puertas.

—Añada usted a eso—dijo Bascara—que tal aña-gaza es indigna hasta de los ladrones más torpes. Mandar aquí a esa *Inés* tan fina y bien educada, a quien usted considera como una cómplice, más que para distraer la atención de ustedes era para despertarla. ¿Se los puede atribuir la idea de que encontrarían un hombre lo bastante loco (y el señor Sergy me perdonará) para seguir al fantasma hasta su tumba? Y si es absurdo contar de antemano con tal resultado, ¿para qué gastar en organizar una aparición misteriosa que no serviría sino para tenerles a ustedes sobre aviso? ¿No era más natural dejarles pasar la primera parte de la noche con la ceguera de una confianza loca, y aguardar el momento en que el sueño o el vino les hubiera rendido, con lo cual no tenían otro trabajo que el de degollaros sin el menor riesgo? Y a todo esto, en el supuesto de que los despojos, harto livianos y más a propósito para delatarlos que para enriquecerlos, hubiesen podido ser botín que tentara su codicia. Por mi parte, no veo en esa explicación sino el efecto de una incredulidad que quiere negar la evidencia misma, que prefiere creer en las razones de su prudencia más que en los milagros de Dios.

—Muy bien, señor Bascara—reliqué—; no se puede razonar con más lógica, y ahora pienso igual que usted. Mas si la explicación que di no es buena, ¿está usted seguro de que no tengo otra? Tiene usted

ahora los sentidos bastante despiertos para comprenderla, y aun esta misma tranquilidad que reemplazó a sus terrores de hace unos minutos, terrores tan prontamente disipados, será, si es preciso, una prueba más de lo que voy a decir. Es usted actor, señor Bascara, y buen actor, se lo aseguro; lo ha demostrado usted esta noche mucho mejor que en Gerona. Esta cantante maravillosa, esta danzarina incomparable que guardáis seguramente para abrir algún teatro en Barcelona, ¿os era desconocida? ¿No podría ser un atractivo más, y bien picante por cierto, hacer un ensayo maravillosamente interpretado en un escenario como éste, contando con la sensibilidad irritable de tres jóvenes galanteadores apasionados, cuyo entusiasmo pudiese ser una garantía de éxito feliz para vuestra empresa? Vuestra vanidad española, ¿no gozaría al propio tiempo, muy complacida con la esperanza de inspirar algo así como un sentimiento de inquietud o de temor a tres oficiales del ejército francés? ¿Qué contestáis a esto?

—¡Ya, ya!—dijo Boutraix sonriendo y apurando su vaso, porque aun buscaba coyunturas para volver a ser el gran filósofo de hacía unos momentos—. ¿Qué tenéis que decir, chancero maligno?

Sergy, que no había salido de su abatimiento, nos miró con menos tristeza y con menor inquietud. De seguro la idea de que podría encontrar a *Inés* sobre la tierra llevó algún consuelo a su corazón; hasta entrevió la esperanza de que volviera a nosotros y de verla de nuevo. Escuchó.

Bascara se encogió de hombros.

—Permítame—continuó, estrechándole la mano— que le diga que la farsa no ha sido de mal gusto ni propia para irritarnos y que hemos disfrutado mucho para tener derecho a recriminarle a usted. Y añadido, sin temor de que mis camaradas me desmientan, que cada uno de nosotros pagaría con gusto su localidad para la repetición de la escena. Pero ahora que concluyó la comedia, nos debéis el secreto de ella como a hombres honrados a los que no se engaña impunemente y a los que un hombre de la condición de usted puede sentirse orgulloso de tener por amigos. ¡Explíquese con toda franqueza, quitemos estas barricadas que ahora me parecen ridículas, y luego ordene que vuelva *Inés!* Y le advierto que nuestra paciencia tiene límites, que señala nuestra cortesía; así que no respondernos lo consideraremos injuria que habrá usted de pagar muy cara... ¿Por qué no me responde?

—Pues porque no es necesaria la respuesta—dijo Bascara—. Unos instantes de reflexión le habrían evitado a usted la pregunta. Usted mismo va a ser juez.

—¿Cómo? ¿Esto más? Me parece que hablé con claridad.

—Claramente, sí—replicó Bascara—; pero ¿y la verosimilitud? Escúcheme: ¿No es cierto que ustedes me encontraron esta mañana cuando yo estaba ya en el carro de Esteban? ¿No es verdad que ustedes se sentaron junto a mí? ¿No es verdad que no les

aguardaba? ¿No es verdad que no me separé de ustedes ni un solo segundo?

—Es verdad—dijo Sergy.

—Es verdad—asintió Boutraix.

—Sigamos—continuó Bascara—. ¿Puede prever la súbita tormenta que se desencadenó no bien hubimos salido de Gerona? ¿Puede prever que no podríamos llegar esta noche a Barcelona? ¿Puede prever que las posadas de Mataró estarían llenas de viajeros? ¿Puede prever que ustedes formarían el designio temerario de hospedarse en este castillo de *Ghismondo*, cuya visión crispa el cabello de los viajeros? ¿No me opuse con todas mis fuerzas a este propósito y si llegué aquí fué casi a la fuerza?

—Es verdad—dijo Sergy.

—Es verdad—confirmó Boutraix.

—Escúchenme aún—prosiguió Bascara—. ¿Cuál propósito podía induirme a organizar la maravillosa intriga? El propósito de ensayar ante tres oficiales de la guarnición de Gerona la aparición en un teatro de Barcelona de una cantante y danzarina cual la que ustedes han admirado. (Y si la quieren llamar así, yo no me opongo a ello.) En verdad, señores míos, que honran ustedes con exceso la munificencia de un humilde director de compañías provincianas, suponiendo que puede dar *gratis* tales representaciones. ¡Oh! ¡Si yo tuviera una artista cual *Inés* (¡la misericordia del Señor sea con ella!), me libraría mucho de exponerla a un catarro bajo las bóvedas chorreando agua de este maldito castillo o a una torticosis en los subterrá-

neos! Y no la llevaría a Barcelona, donde ni aun agua que beber hay desde la guerra, cuando con ella me enriquecería haciendo no más que una temporada en la *Scala* de Milán o en la *Opera* de París. ¿Qué digo una temporada? ¿Con sólo una representación, con sólo una romanza, con sólo un paso de baile! *La Pedrina* de Madrid, de la que tanto se ha hablado, no apareció en escena mas que una noche, y al día siguiente, al despertar, erá dueña de los tesoros de la corona; ¿y cómo podría compararse *la Pedrina* con lo que hemos admirado? ¿Ustedes han oído a la cantante! ¿Ustedes han visto a la danzarina que no hollaba el suelo con los pies!

—Es verdad—dijeron a un tiempo Sergy y Boutraix.

—Más todavía—añadió Bascara—. Esta súbita tranquilidad mía, que tanto le extraña a usted (¿y cómo no, si también a mí me extraña?), me la explico ahora. La impaciencia con que *Inés* dijo que había terminado el tiempo de su aparición fué idea que alivió mi espíritu. Cuanto a la razón por la cual no hayan aparecido, como todos los años, los tres condenados, es para mí un problema arduo, que sólo me interesa desde el punto de vista de la caridad cristiana. Esto concierne, por las trazas, a los que ocuparon el puesto de ellos.

—¡Entonces—dijo Boutraix—, que Dios tenga piedad de nosotros!

—¡Qué misterio!—exclamé dando un puñetazo sobre la mesa, porque los razonamientos de Bascara

me habían convencido—. ¿Qué es, señores, pregunto, lo que hemos visto hace poco?...

—Lo que los hombres ven rara vez en esta vida—respondió Bascara, con el rosario en la mano—y lo que muchos no verán en la otra: ¡un ánima del Purgatorio!

—Señores—dije en tono firme—, estamos ante un arcano que ningún entendimiento humano puede descifrar. Sin duda lo que hemos visto no es mas que un hecho natural cuya explicación nos haría sonreír; pero ello es que ahora la explicación del hecho no está al alcance de nuestra razón. Sea lo que fuere, a todos nos importa no sancionar con la autoridad de nuestros testimonios supersticiones tan indignas del cristianismo como de la filosofía. Y aun más nos interesa no comprometer el buen nombre de tres oficiales de ejército francés con el relato de una escena extraordinaria, lo declaro, cuyo enigma, descubierto tarde o temprano, podía hacernos algún día merecedores de la irrisión pública. Yo juro por mi honor, y pido a todos igual juramento, que no hablaré en mi vida con nadie de lo que aquí ha ocurrido esta noche, salvo en el caso de que las causas de tan extraño suceso sean claramente conocidas.

—También lo juramos—dijeron Sergy y Boutraix.

—Y yo tomo a Jesús por testigo—dijo Bascara—, por mi fe en esta su santa Natividad que ahora se celebra en el mundo, que no hablaré de lo que aquí ocurrió sino a mi director espiritual, bajo el

secreto del Santo Sacramento de la Penitencia. ¡Alabado sea el Señor por los siglos de los siglos!

—*Amén*—contestó Boutraix abrazándole con sincera efusión—. Y os ruego, querido hermano, que os acordéis de mí en vuestras oraciones, porque, desgraciadamente, yo olvidé las mías...

Caía la noche; el sueño vino a nosotros, un sueño agitado por pesadillas. Salió el sol en un cielo más limpio de lo que presagiara la víspera, y casi sin hablar llegamos a Barcelona en poco tiempo...

—¿Y qué más?—preguntó Anastasio.

—¿Qué más? ¿Qué quieres decir? ¿Es que no ha terminado el cuento?

—Yo no sé por qué me parece que falta algo en él—añadió Eudoxia.

—¿Qué quieren ustedes que les diga?... Dos días después estábamos de vuelta en Gerona, donde se había recibido orden de que nuestro regimiento partiese. Los reveses del grande ejército obligaban al Emperador a concentrar lo mejor de sus tropas en el Norte. Y marchó con Boutraix, que se había hecho devoto desde que habló con un ánima en el Purgatorio, y con Sergy, que era constante en su amor a una fantasma. En la batalla de Lutzen Sergy estaba a mi lado; cuando sonaron los primeros tiros cayó herido mortalmente por el plomo enemigo sobre el arzón de mi caballo. «¡Inés! —balbució—. ¡Ya voy!» Y exhaló su último suspiro. Pocos meses después los restos del grande ejército entraban en Francia, y con inútiles prodios de valor retardaban la caída del Imperio, ya

que impedirla era imposible. Firmóse la paz, y entonces muchos oficiales del ejército dejaron las armas para siempre. Boutraix entró en un convento, y creo que sigue en él, y yo me retiré a la heredad de mis padres, de la que no pienso salir. ¡Y se acabó!

—Esa no es toda la historia de *Inés*—dijo un tanto enfurruñado Anastasio.

—La historia está completa, dado lo que se me pidió—contesté—. Me dijeron ustedes que narrase algún cuento de aparecidos y un cuento de aparecidos he narrado, o no hubo jamás en el mundo cuentos de este linaje. Cualquiera otro desenlace sería vicioso, porque cambiaría radicalmente la naturaleza del relato.

—¡Vaya un defecto!—interrumpió el fiscal—. Lo que hay es que usted quiere eludir la explicación con una sutileza... Si me lo permite usted, vamos a discurrir un momento, porque la lógica nunca está demás, ni en los cuentos de fantasmas y de almas en pena. Usted y sus compañeros juraron por su honor no decir jamás a nadie palabra de lo ocurrido en aquella Nochebuena hasta que estuviese explicado claramente el porqué de la aparición, y hasta fué usted quien tomó la iniciativa del compromiso; y me acuerdo bien de ello porque sólo dormí al comenzar el cuento, que, entre paréntesis, adolece algo de languidez. Luego no quedó usted libre de cumplir este contrato sinalagmático—que así se llama en derecho—sino por la realización de aquella cláusula de él que consiste en la

explicación, cláusula fundamental, salvo que le plazca a usted creerse libre del compromiso porque murió uno de los contratantes y porque el otro entró en religión, es cierto, lo cual puede considerarse como una especie de muerte civil; pero he de advertirle que la escapatoria no es admisible, y lo demostraré cumplidamente si usted persiste en no decir más. Se trata de un caso flagrante de infracción de compromiso adquirido si la única condición eximente no se ha cumplido.

—Ruego a usted, señor fiscal—contesté—, que no me forme proceso a mí, que aun no me vi sujeto a ninguno en toda la vida. Estoy perfectamente dentro del compromiso, del que pude no hablar si no me hubiera propuesto decirlo todo. Mas la historia que ahora se me pide es otra historia; el reloj señala la media noche o poco más; permítanme ustedes que, como el viejo *Mercurio de Francia*, deje la solución del logogrifo para el mes que viene.

—Yo considero—dijo el fiscal—que ha lugar al aplazamiento si las señoras acceden.

—De aquí a entonces—proseguí—las imaginaciones habrán discurrido para hallar la solución, que desde ahora prometo. Y advierto también que se trata de una historia verdadera de cabo a rabo y que en todo lo que conté no hay ni superchería, ni mixtificación, ni... ladrones...

—¿Ni fantasma?—preguntó Eudoxia.

—Ni fantasma—repliqué, levantándome y cogiendo mi sombrero.

—¡Tanto peor, por vida mía!—dijo Anastasio.

II

—Mas si aquello no fué una verdadera aparición—dijo Anastasio no bien nos hubimos sentado—dinos hoy lo que era. Durante todo el mes me he devanado los sesos para encontrar alguna explicación racional para tu historia y no di con ella.

—Ni yo tampoco—añadió Eudoxia.

—Yo no tuve tiempo de pensar en el asunto—agregó el fiscal—; mas, por lo que recuerdo, aquello parecía muy fantástico.

—Y no obstante nada hay más natural, y añado que todo el mundo ha oído o ha visto con sus mismos ojos cosas mucho más extraordinarias que las que he de contar si están ustedes dispuestos a escucharme.

Se estrechó el círculo de oyentes, porque en las largas veladas de una vida pequeña no hay nada mejor que oír cuentos entretenidos mientras llega el sueño. En seguida comencé:

Como ya dije, se había firmado la paz; Sergy había muerto; Boutraix se había hecho fraile, y yo entré en el disfrute de mi heredad de pequeño propietario que puede vivir con cierto desahogo. Las rentas atrasadas me hicieron casi opulento y una nueva herencia me enriqueció con una superfluidad

algo ridícula. Resolví emplear esta riqueza en viajar para divertirme y aprender, y cuando tuve que elegir el lugar adonde iría titubeé un momento; titubeo que no fué sino una ficción de mi razón, que luchaba contra mi corazón. Este me llamaba a Barcelona, y si esta novela encajase aquí, constituiría un episodio mucho más extenso que la historia. Ello es que una carta de *Pablo de Clausa*, el amigo más querido que dejé en Barcelona, acabó de decidirme. *Pablo* casaba con *Leonor*, y esta *Leonor* era hermana de *Estrella*, y esta *Estrella*, era la heroína de la novela de que no hablaré.

Llegué tarde para asistir a la boda, que se había efectuado tres días antes; mas continuaban las fiestas de tornaboda, según costumbre; fiestas que en algunos casos duran más que las dulzuras de la luna de miel. No había de ocurrir lo mismo con *Pablo*, que era digno de ser amado por una mujer amable y que hoy es tan dichoso como entonces esperaba serlo. Esto suele ocurrir algunas veces, pero no hay que fiarse. *Estrella* me acogió como a un amigo a quien se recuerda y al que se desea ver, y en verdad que mis relaciones con ella no podían hacerme esperar tanto, sobre todo después de una ausencia de dos años, porque esto ocurría en 1814, hacia el intervalo de aquella corta paz europea que separó la Restauración del 20 de marzo. «Hemos comido más pronto que de costumbre—dijo *Pablo* entrando en el salón al que yo había conducido a su mujer—; la cena nos desquitará. Ahora es necesario conceder una hora a las atenciones del to-

cado, porque todos queremos asistir, en el palco que he comprado, a la representación, acaso única, de *la Pedrina*. ¡Es tan fantástica esa artista! ¡Dios sabe si mañana se nos habrá escapado!»

—¿*La Pedrina*?—dije reflexionando—. Oí ese nombre una sola vez, pero en circunstancias tan memorables que jamás le olvidaré. ¿No es una cantante extraordinaria, una danzarina más extraordinaria aún, que, tras una noche de triunfos, desapareció de Madrid sin dejar rastro? Sin duda justifica tanta curiosidad sus talentos, que no tienen par en ningún teatro del mundo; mas yo te confieso que un suceso singularísimo de mi vida me produjo tales emociones de este género, que no tengo el interés más mínimo en oír ni en ver a la misma *Pedrina* en persona. Permíteme que te aguardé paseando por las *ramblas*.

—Como gustes—contestó *Pablo*—; mas me pareció, sin embargo, que *Estrella* contaba contigo para que la acompañases.

En efecto; llegó *Estrella* y se acercó a mí a la hora de salir. Entonces olvidé que me había jurado a mí mismo no ver nunca más a una danzarina ni oír a una cantante después de haber oído y visto a *Inés de las Sierras*; pero también estaba persuadido de que en el teatro no vería ni oiría mas que a *Estrella*.

Y mantuve durante algún tiempo mi resolución, tanto, que no puedo decir a ustedes lo que se representaba. Ni aun el rumor con que fué acogida la entrada en escena de *la Pedrina* me sacó de mi

abstracción. Estaba tranquilo y con los ojos medio tapados con la mano, formando pantalla, cuando el silencio profundo que siguió a la emoción pasajera de la entrada en escena de *la Pedrina* fué roto por una voz que me era imposible en absoluto desconocer. Jamás la voz de *Inés* había cesado de resonar en mis oídos; la oía hasta en las meditaciones, y me acariciaba aun en los ensueños... ¡Y la voz que yo oía era la de *Inés!*

Sentí un escalofrío, lancé un grito y me puse en pie, agarrándome al antepecho del palco, fija la mirada en la escena... ¡Era *Inés*, *Inés* en persona!

Mi movimiento primero fué buscar en mí mismo y fuera de mí todas las circunstancias, todos los detalles que pudieran confirmarme en la idea de que estaba en Barcelona y en el teatro; de que no era como todos los días, desde hacía dos años, víctima de mi imaginación; de que no me había sorprendido uno de los sueños habituales. Busqué algo que tocar, que coger para darme cuenta de la realidad de mis sensaciones; encontré la mano de *Estrella* y la estreché con fuerza.

—Muy bien. ¿Y es usted el que se consideraba invulnerable a los encantos de una voz de mujer? ¡Apenas ha preludiado *la Pedrina* y ya está usted fuera de sí!...

—¿Y está usted segura, *Estrella*—reliqué—, de que sea *la Pedrina*? ¿Sabe usted con certeza si es una mujer, una comedianta, o más bien una aparición?

—En verdad—replicó—que es una mujer de

carne y hueso, una comedianta extraordinaria, una cantante como jamás se oyó otra, y pienso que no es nada más. Cuidado—añadió con frialdad—; ese entusiasmo tiene algo de intranquilizador para los que le estiman. No sería usted el primero, según dicen, que hubiese enloquecido al ver a esa mujer, y tanta debilidad de corazón no sería probablemente muy grata ni a vuestra esposa ni a vuestra amada.

Al decir estas palabras retiró su mano de las mías y yo la dejé hacer. *La Pedrina* cantaba.

En seguida danzó, y mi pensamiento, trasladado al escenario, se entregó inerte a cuantas sensaciones quiso darle aquella mujer. La exaltación general ocultaba la mía, que iba en aumento, y todo el tiempo que mediaba entre las dos visiones se borró para mí, porque una sensación igual y de igual incontrastable poderío me recordaba aquélla. Y me parecía que estaba en el castillo de *Ghismondo*, pero agrandado, adornado, animado de una multitud inmensa, y las aclamaciones que salían de todos los pechos sonaban en mis oídos como gritos de júbilo de demonios. Y *la Pedrina*, poseída de un frenesí sublime, que sólo el Infierno podía inspirar manteniéndola en él, seguía corriendo las tablas con sus pies ingravidos, escapándose, volviendo, volando, despedida y recogida por impulsos invencibles, hasta que, anhelante, extenuada, aniquilada, cayó en brazos de los comparsas, profiriendo con expresión desgarradora un nombre que me pareció entender y que resonó dolorosamente en mi corazón...

—¡Sergy murió!—grité, llenos los ojos de lágrimas abrasadoras, tendiendo mis brazos al escenario.

—¡Pero se ha vuelto usted loco!—dijo *Estrella*, haciéndome caer en el asiento—. ¡Vamos, cálmese! ¡No ve usted que ya no está?

«¡Loco!, pensé. ¿Será verdad? ¿Habrá creído ver en realidad lo que no vi y oír lo que no oí?... ¡Loco, Dios mío, separado de los hermanos y de *Estrella* por una dolencia que además hará de mi persona comidilla de murmuraciones! ¡Fatídico castillo de *Ghismondo*, así es como castigas a los temerarios que osan violar tus misterios! ¡Dichoso mil veces el pobre Sergy porque murió en el campo de batalla, en Lutzen!»

Cuando estaba sumido en estas ideas sentí que el brazo de *Estrella* requería el mío para salir del teatro.

—¡Ay!—dije trémulo y comenzando a darme cuenta de mí mismo—. ¡Cuánta compasión debo inspiraros y cuánta me tendríais si conocieseis una historia que me está vedado contar! Para mí lo que acaba de ocurrir no es sino la prolongación de una alucinación tremenda, que mi razón no puede rechazar por completo nunca. Permítame que esté solo con mis pensamientos para reponerme y ordenarlos hasta donde pueda. Los goces de una charla dulcísima me están vedados hoy; mañana ya estaré tranquilo.

—Mañana harás lo que quieras—dijo *Pablo*, que me había oído cuando pasaba al lado nuestro—;

pero esta noche estarás con nosotros, y para que obedezcas, más que en mis ruegos confío en los de *Estrella*.

—¿Será cierto—dijo ésta—que no nos dedicará usted el tiempo que destinaba, sin duda, a pensar en *Pedrina*?

—¡Por Dios bendito, querida *Estrella*—exclamé—, no pronuncie usted ese nombre, porque la emoción que siento no se asemeja a ninguna de las que usted pudiera suponer si no fuese al terror! ¿Por qué no tengo más remedio que callar?

Tuve que ceder. Me senté a la mesa para la cena y casi no probé bocado, y cual suponía, durante ella no se habló mas que de *la Pedrina*.

—El interés que esta mujer extraordinaria te inspira—dijo *Pablo*—es tan exaltado, que parece absurda la posibilidad de hacerle aún mayor. Y, sin embargo, ¿qué sería si fuesen conocidas de todos las aventuras o desventuras de esta cantante, parte de las cuales, en verdad, transcurrieron en Barcelona, aunque en los días en que la mayor parte de nosotros no vivía aquí? Llegado el caso, habríais de convenir en que las desdichas de *Pedrina* no son menos sorprendentes que sus talentos.

Nadie dijo palabra, porque todos estábamos atentos, y percatado de ello *Pablo* siguió:

—*La Pedrina* no pertenece a las clases sociales de donde generalmente salen las gentes de su profesión, donde se reclutan las compañías nómadas para recreo de las multitudes. Su verdadero nombre fué ostentado desde tiempos muy remotos por

una de las familias más ilustres de España: llámase *Inés de las Sierras*.

—*¡Inés de las Sierras!*—grité, levantándome en un estado de exaltación imposible de describir—. *¡Inés de las Sierras!* ¿Luego es verdad?... ¿Y sabes, Pablo, quién es *Inés de las Sierras*? ¿Sabes de dónde viene? ¿Sabes por cuál espantable privilegio puede mostrarse en un teatro?

—Sé—dijo sonriendo—que es una criatura rara e infortunada, cuya vida es digna por lo menos de tanta piedad como admiración. Cuanto a la emoción que te produce su nombre, no puede extrañarme, porque supongo que le habrás leído alguna vez en los legendarios versos de nuestros *Romanceros*. La leyenda que acude a la memoria de nuestro amigo—añadió dirigiéndose al concurso—es una de tantas tradiciones populares de la Edad Media, probablemente basadas en hechos reales o bien en apariencias equívocas; leyenda que se conservó en la memoria de las gentes de generación en generación hasta adquirir algo así como autoridad histórica. Sea lo que fuere, esta leyenda gozaba ya de gran credulidad en el siglo XVI, puesto que fué parte para que la familia poderosa de *las Sierras* marchase a América con sus bienes, aprovechando los descubrimientos de los navegantes, y se estableciese en Méjico. Lo que hay de cierto es que la trágica fatalidad que perseguía a la familia la siguió con sus rigores a aquellos climas. Con frecuencia oí asegurar que desde hace trescientos años todos los jefes de la casa murieron por el hierro.

»En los comienzos de este siglo, que lleva corridos catorce años, el último de los señores de *las Sierras* vivía aún en Méjico. La muerte acababa de arrebatárle a su esposa, y sólo le quedaba una niña, que a la sazón contaría seis o siete años, a la que habían puesto el nombre de *Inés*. Nunca facultades más brillantes se manifestaron en edad tan tierna, y el marqués de *las Sierras* no escatimó nada de cuanto era necesario para cultivar aquellos dones maravillosos que tanta gloria y tanta felicidad le prometían en la vejez. Grande, en efecto, hubiera sido esta dicha si sólo la educación de su hija única hubiese ocupado sus desvelos y sus afectos; pero sintió harto pronto la necesidad de llenar con un afecto nuevo el hondo vacío de su corazón. Amó, creyó ser amado, se envaneció de la elección, y hasta hizo más: congratulándose de dar una nueva madre a la hermosa *Inés*, le dió una enemiga implacable. La viva inteligencia de la muchacha no tardó en hacerse cargo de cuán difícil era su nueva situación, y comprendió que las artes, que no fueron para ella hasta entonces sino recreo y placer, podían ser algo más, incluso algún día su único recurso. Y se aplicó al estudio con un ardor que siempre fué coronado por triunfos sin ejemplo, y al cabo de pocos años ya no había maestros que pudieran enseñarla, porque no ya el más presuntuoso, sino el más entendido podía considerarse honrado tomando lecciones de *Inés*. Verdad que pagó caros tan gloriosos adelantos, porque su razón, tan clara y firme antes, con tanto y tan

rudo esfuerzo, vencida por la fatiga, comenzó a alterarse gradualmente con pasajeros extravíos, precisamente cuando parecía que ya no le quedaba nada que aprender.

«Cierta día el cuerpo inerte del marqués fué llevado a su casa. Le habían encontrado en sitio extraviado atavesado de estocadas, y no había ni aun indicio por el que pudiera saberse la causa del suceso ni conocer al autor o autores del bárbaro asesinato. Sin embargo, la voz del pueblo tardó poco en señalar a un culpable. El padre de *Inés* no tenía enemigo conocido; mas cuando iba a contraer el segundo matrimonio tuvo un rival muy conocido en Méjico por lo impetuoso de sus pasiones y lo violento de su carácter. Allá en sus adentros todos le señalaban; pero esta sospecha general no podía convertirse en acusación porque no la justificaba ni siquiera un indicio. Con todo, las cavilaciones de la gente adquirieron verosimilitud cuando, al cabo de unos cuantos meses, se vió a la viuda del asesinado pasear del brazo del presunto asesino, asesino en el sentir de las gentes; y aunque el hecho nada esclarecía ni parecía confirmar las sospechas, *Inés* se encontró sola en la casa de sus antepasados, al lado de dos personas que le eran igualmente extrañas, y que, por natural instinto, le eran asimismo igualmente odiosas; unas personas a las que la ley, ciega, daba la autoridad de la familia y encargaba los cuidados y atenciones propios de ésta. Los ataques que pusieran en peligro su razón crecieron entonces de un modo alarmante,

y nadie lo extrañó, aunque fuesen desconocidas la mayor parte de las desgracias de la pobre doncella.

»Vivía a la sazón en México un joven siciliano que se hacía llamar Cayetano Filippi, en cuyo pasado parecía haber algún misterio sospechoso. Tenía alguna noción ligera de las artes; labia seductora, aunque frívola; maneras elegantes, que alguna vez delataban el estudio y la afectación, y el barniz de cortesía y urbanidad que las gentes honradas adquieren con la educación y los intrigantes con el comercio de las gentes, y todas estas circunstancias le habían dado entrada en la alta sociedad, entrada que debió vedarle la depravación de sus costumbres. Entonces *Inés* casi no contaba diez y seis años, y era harto candorosa para presumir lo que pudiera haber tras aquellas apariencias, y tomó la ilusión de sus sentidos por la revelación del primer amor.

»Cayetano no encontraba obstáculo alguno para presentarse con los títulos más aventajados; conocía las artes de agenciarse cuanto necesitaba para sus farsas y darles tal apariencia de autenticidad que engañaba aun a los más hábiles y suspicaces. A pesar de todo, cuando pidió la mano de *Inés* le fué negada. La madastra de esta criatura infeliz tenía el designio de alzarse con su fortuna, y es probable que no hubiese sido muy escrupulosa en la elección de medios para lograr su deseo. El marido, por su parte, la secundaba con un celo que velaba otro deseo, también callado. El miserable habíase enamorado de su pupila; osó decirse-

lo semanas antes y se proponía perderla. Y de aquí la pena hondísima que el tiempo acrecentaba dolorosamente las angustias mortales de *Inés*.

»El organismo de la doncella era semejante al de todos aquellos mortales favorecidos por el don excelso del genio. La elevación de un talento sublime se unía en ella a un carácter que requería siempre la solícitud de alguien que le condujese. Para la vida de la inteligencia y del arte era un ángel; para la vida cotidiana y vulgar, una criatura. Hasta la mera apariencia de un movimiento bondadoso cautivaba su corazón, y cuando éste se rendía, rendíase asimismo su razón. No tiene esta disposición del espíritu nada de funesto cuando nos rodean circunstancias propicias y estamos sometidos a una dirección prudente; pero el único ser a quien *Inés* podía reconocer con facultades para dirigirla, desde que la muerte de su padre la dejó sola, no trataba sino de perderla, y éste era uno de los tremendos secretos que ni aun sospechaba la inocente. Cayetano la persuadió con poco esfuerzo de que debía escaparse con él, ya que de ello dependía hasta su salud, y no le costó tampoco gran trabajo convencer a *Inés* de que todo lo de aquella casa le pertenecía por derecho sagrado y legítimo, como herencia que era de sus padres. Ello es que huyeron y que desembarcaron en Cádiz bien provistos de oro, de joyas y de diamantes.

»Allí se descorrió el velo; mas los ojos de *Inés*, ofuscados aún por las luminarias de un amor fingido y por el placer, no vieron en mucho tiempo la

verdad toda. Sin embargo, el mundo a que la llevara Cayetano la asustaba con lo licencioso de sus principios, y la sorprendía que el tránsito de un hemisferio implicase tales diferencias de lenguaje y de costumbres. Cohibida, buscaba un pensamiento que respondiese al suyo entre la patulea de marineros, libertinos y cortesanas que formaban su sociedad habitual, y no encontraba este pensamiento hermano. Los recursos pasajeros que debía a un acto acerca del cual no tenía muy tranquila su conciencia comenzaban a disminuir, y al mismo compás parecía también mermar la mentidera ternura de Cayetano. Una mañana le buscó inútilmente cuando despertó y también en vano le aguardó toda la noche. Al otro día lo que era inquietud se trocó en temor, y el temor, en desesperación. La realidad, más tremenda aún, colmó su desdicha. Después de haberla robado cuanto de algún valor poseía, el infame había huído con otra mujer; esto es, se encontraba abandonada, pobre, deshonrada, y para mayor desdicha, sintiendo desprecio hacia sí misma. Este desprecio propio, que en las almas fuertes es casi siempre en el fondo un noble orgullo que reacciona contra el infortunio, en el alma débil de *Inés* no produjo el mismo efecto. Para ocultarse a las pesquisas de sus indignos parientes había adoptado el nombre de *Pedrina*. «¡*Pedrina*—se dijo con resolución llena de amargura—, sea! ¡Caigan sobre mí la vergüenza y la ignominia, ya que así lo quiere el destino!» Y desde aquel momento no fué mas que *la Pedrina*.

»Se explicarán ustedes bien que no siga con detalles esta parte de su vida, sobre que ella no los contó, y volvamos a encontrárnosla en la memorable representación teatral de Madrid, donde sólo en una noche se mostró la primera de las artistas entre las más celebradas. El entusiasmo fué tan vehemente, que los aplausos resonaron en todos los ámbitos de la villa, y la muchedumbre que la acompañara hasta su casa, aclamándola y coronándola, no se retiró sino después que la hubo visto de nuevo en uno de los balcones. Mas no era éste del arte el único sentimiento que había suscitado aquella noche. Su hermosura, que no era menor que sus talentos, produjo impresión hondísima en cierto personaje ilustre, que tenía entonces en sus manos la mayor parte de los destinos de España, y al que no nombraré, o porque esta anécdota de su vida privada no aparezca muy clara a mi conciencia de historiador, o porque me repugne aumentar con una debilidad, desde luego disculpable, las torpezas falsas o verdaderas de las que la mudable opinión del pueblo acusa a los reyes caídos. Lo cierto es que *Inés* no volvió a presentarse en la escena y que en pocos días esta aventurera obscura, que viviera durante un año en las provincias cercanas una vida de vergüenza y de miseria, vió como caer sobre ella todos los dones de la fortuna. Desde entonces fueron comidilla de las gentes la variedad de sus ricos vestidos, la riqueza de sus joyas, el lujo de sus trenes y, contra lo que ocurre casi siempre, se la perdonó esta súbita opulen-

cia, quizá porque entre los hombres que la juzgaban había pocos que no se hubieran considerado dichosos dándole cien veces más. Se ha de añadir, en honor a *Pedrina*, que los tesoros que le prodigaba el amor no eran disipados en necias fantasías. Naturalmente generosa y compasiva, buscó desgracias que paliar, llevando consuelos y socorros al tugurio del necesitado y al pobre jergón del enfermo; es decir, que alivió infortunios, añadiendo la gracia a los beneficios materiales; por esto, aun siendo «la favorita», se hizo amar del pueblo. ¡Es ello tan fácil con la riqueza!

»Hablábase tanto de *la Pedrina*, que los rumores hubieron de llegar a oídos de Cayetano hasta el antro donde ocultaba sus vilezas. Lo que sacó del robo y de la infame traición cometida con la muchacha, hasta entonces habíale permitido vivir; mas ya estaba agotado y no podía atender a sus necesidades. Entonces cayó en la cuenta, lamentando no haberlo visto antes, de que la degradación de su querida podía haber sido para él manantial inagotable de riquezas. Y fué tan osado, que concibió el proyecto de enmendar su yerro costara lo que costase, así tuviera que llegar a otro crimen, lo que no le importaba mucho. Contaba con su habilidad experimentada para inspirar confianza a *Inés*; conocía el corazón de ésta, y el miserable no vaciló en presentarse a ella.

»Desde luego parece absurdo que Cayetano pudiera excusar o disculpar su conducta; pero nada es imposible para un espíritu artificioso e hipócri-

ta, y más cuando le presta la ayuda la ceguera del amor, y Cayetano no sólo era el hombre que primero hizo palpitar el corazón de *Inés*, sino el único a quien ésta había querido. Los desvaríos ulteriores a que sus sentidos se entregaron dejaron siempre indiferente y vacía su alma, porque por un privilegio, sin duda raro, pero no inaudito, la muchacha fué una perdida, mas no una corrompida. Por absurda que fuese la novela que forjó Cayetano, sin grande esfuerzo de éste fué creída, y es que *Inés* necesitaba creer en ella para recuperar cuando menos la apariencia de una felicidad desvanecida, y en estos casos el entendimiento se satisface hasta con las apariencias de verosimilitud. ¡Es probable que *Inés* no osara decir algunas de las objeciones que se agolpaban en su mente, temerosa de que quedasen sin respuesta! ¡Es tan dulce ser engañado por lo que se quiso cuando se quiere aún!

»El pérfido no desdénó ninguna argucia. Volvía de Sicilia, adonde marchó para persuadir a su familia de que debía dar asenso a su matrimonio. Su madre habíase dignado venir con él a España, deseosa ya de conocer a la hija querida, de la que él logró darle una idea halagüeña... ¡Mas qué noticias tan tremendas supo él en Barcelona! Allí supo el triunfo de *Pedrina* al propio tiempo que sus faltas y su ignominia. ¿Y merecía este premio un amor como el suyo? ¿Le merecían sus grandes sacrificios? La idea, el sentimiento más bien, que primero acudiera a su espíritu fué el de morir; pero la

ternura venció a la desesperación. Ocultó sigiloso a la pobre madre el triste secreto y había volado a Madrid para hablar a su *Inés*, para hacerla oír, si era tiempo aún, las apelaciones del honor y de la virtud. ¡Había llegado a ella para perdonar, y perdonaba!...

»¿Qué los diré a ustedes? *Inés*, anegada en lágrimas; *Inés*, aturdida, palpitante, enloquecida por los remordimientos, cayó a los pies del impostor llena de gratitud y de gozo, y la hipocresía triunfó casi sin esfuerzo sobre un corazón harto sensible y harto confiado para ver la doblez. Quizá sea extraño este cambio súbito de papeles que confiere al culpable los derechos del inocente... ¡Mas acerca de esto habría que preguntar a las mujeres! ¡Y el hecho es tan corriente!

»Los recelos de *Inés* hubieron, no obstante, de renacer cuando vió que Cayetano cargaba afanoso sus tesoros en el coche que había de llevarles a Barcelona, aquellos tesoros cuya procedencia avergonzaba. Pidió con insistencia que se dejara todo; fué inútil, porque Cayetano no la atendió.

»Cuatro días después un coche de viaje se paraba en Barcelona ante la «Posada de Italia». De ella salió primero un joven vestido con elegancia y después una dama que parecía querer abstraer su rostro a las miradas de los viajeros y de los paseantes. Eran Cayetano y *la Pedrina*. Un cuarto de hora más tarde el joven dejaba la posada y se encaminaba al puerto.

»La ausencia de la madre de Cayetano venía a

confirmar con exceso los recelos que *Inés* comenzara a tener. Parece que supo refrenar su timidez lo bastante para expresarlos sin rodeos así que entraron en la habitación, y no es menos cierto que disputaron violentamente toda la tarde y que la disputa se renovó por la noche.

»Cuando rayaba el día, Cayetano, inquieto, pálido, azorado, hacía que algunos criados llevasen ciertas cajas a un barco que iba a hacerse a la vela en seguida, y él mismo subió a bordo con una cajita pequeña que mal ocultaba bajo su capa. Ya en el barco, despidió a los criados, pretextando ocupaciones que le entretendían algún tiempo; los pagó espléndidamente su trabajo y les rogó de un modo terminante que no turbaran el sueño de la señora hasta que él volviera a la posada. Ello es que pasaron muchas horas sin que el extranjero regresara y que se supo que el barco se había hecho a la mar, y uno de los criados que acompañaron a Cayetano, presintiendo algo siniestro, fué al puerto para comprobar el rumor. ¡Las velas del barco desaparecían ya en el horizonte!

»En la habitación de *Inés* no se oía el más leve ruido, lo que contrastaba con el tráfago de la posada, y ello produjo inquietud. Se vió que la puerta no estaba cerrada por dentro, sino por fuera, porque la llave faltaba de la cerradura. El posadero no vaciló en abrir con su llave, y los ojos de todos presenciaron un espectáculo horrible: la dama incógnita estaba acostada en la cama cual si durmiera, y todos lo hubieran creído de no verse en-

sangrentadas las sábanas. ¡En uno de sus pechos había clavado un puñal!...

«Ustedes me dispensarán que no insista en detalles espantosos, que toda Barcelona supo emocionada. Lo que aun ignoran hasta personas a quien la suerte de esta desdichada conmovió más—porque hasta hace poco la víctima de aquel crimen abominable no estuvo en situación de recogerse en sí misma para ordenar sus confusos recuerdos—es que aquella mujer era la sublime *Pedrina*, que jamás olvidará Madrid, y que *la Pedrina es Inés de las Sierras*.»

Y sigo:

«Los testigos de aquel tremendo espectáculo y los médicos, que llegaron apresuradamente, observaron en seguida que la dama forastera alentaba aún. Se la atendió con afán y con tan buen resultado, que se logró despertar en ella la sensación de la vida. Con todo, hubieron de transcurrir muchos días con alternativas de temor y de esperanza que excitaron aún más la simpatía pública. Al mes la curación de la dama era segura; pero el delirio que apareciera cuando recobró la palabra, y que se creyó consecuencia de la fiebre, no cedía ni a la acción de las medicinas ni del tiempo. La pobre criatura, resucitada a la vida física, seguía muerta para la vida del entendimiento. ¡Estaba loca!

«La recogió una comunidad de santas mujeres, que la atendió con la solicitud que requería su estado. Objeto de todos los cuidados de una caridad casi providencial, dicen que fué digna de ellos por

su dulzura imperturbable, porque su imaginación no se manifestó con el fuego y la violencia que generalmente caracterizan a estas dolencias. Además, su locura veíase con frecuencia interrumpida por períodos de lucidez más o menos largos que hacían esperar su curación, y tan frecuentes llegaron a ser estos intervalos y tan prolongados, que se descuidó la vigilancia que se ejerciera sobre ella en todos los momentos, y poco a poco llegó a ser costumbre dejarla sola en las horas de los oficios, y ella abusó de esta coyuntura para evadirse.

»Produjo la huida grande inquietud; se realizaron pesquisas activas para encontrarla, y éstas dieron tan buenos resultados, que se creyó seguro dar pronto con ella. Desde los primeros momentos de su marcha a la aventura *Inés* llamó la atención por su hermosura, por la natural nobleza de sus maneras y también por el desorden intermitente de sus ideas y de sus palabras. Y más aún se había hecho notar por el singularísimo aspecto de su vestimenta, compuesta de restos, como cogidos al azar, de ropas elegantes, aunque ajadas, de su tocado de teatro; guñapos de alguna apariencia, pero de valor tan escaso, que el infame siciliano no quiso llevárselos; y con este extraño atavío, aparentemente lujoso, contrastaba el tosco saco de tela ordinaria que *Inés* llevaba en la espalda para recoger en él lo que le diera la caridad de las gentes. Se pudo seguir sus huellas hasta poca distancia de Mataró; mas allí se borraron totalmente, y aunque se investigó en todos los contornos, no

se logró saber nada. Desapareció *Inés* dos días antes de Nochebuena, y cuando se recordó la honda melancolía de su espíritu siempre que se veía despejado de las tinieblas habituales, se pensó en que habría puesto fin a sus días arrojándose al mar. Era tan natural esta explicación, que nadie buscó otra. La desconocida se había matado, y el rumor circuló durante dos días; al tercero se atenuó y al cuarto nadie hablaba del suceso.

»Ocurrió por entonces algo tan inaudito, que distrajo a las gentes de sus cavilaciones acerca de la desaparición de *Inés* y del lamentable término de sus desventuras. Junto al paraje donde se perdió el rastro de la pobre mujer hay una casa feudal ya arruinada, conocida con el nombre de «Castillo de *Ghismondo*», en la que según dicen se avecindó el demonio ya hace siglos y donde, según voz general, celebra sus orgías durante Nochebuena. La generación que vive nada vió jamás que autorizase superstición tan absurda; pero circunstancias aún no conocidas la rehabilitaron en 1812. Entonces nadie dudó de que en el castillo maldito tenían albergue huéspedes extraños que sin recato se entregaban a goces báquicos. Hacia la media noche se vió lucir una iluminación espléndida en aquellas habitaciones que se presumía abandonadas, suceso que atemorizó e inquietó a los moradores de las chozas vecinas, y ciertos viajeros retrasados que pasaron junto al castillo oyeron voces roncas y confusas a las que se unían cantos de dulzura infinita. Los fenómenos atmosféricos ocurri-

dos en aquella noche con una tormenta cual no se conociera en Cataluña desde hacía muchos años en invierno dieron más relieve al extraordinario suceso, y el miedo y la credulidad exageraron los detalles de él. Al día siguiente y en los sucesivos en muchas leguas a la redonda no se habló sino del retorno del enemigo malo al castillo de *Ghismondo*, y la unanimidad de tantos testimonios y su concordancia en los detalles capitales del suceso inspiró a la Policía recelos no desprovistos de fundamento. En efecto; se acababa de sacar de España tropas francesas para reforzar en Alemania al ejército, y los momentos eran favorables para renovar las intenciones del antiguo partido español, que comenzaba a agitarse de un modo bien perceptible, y más en las provincias no del todo sometidas. Poco propicia a acoger las creencias del vulgo, la Administración no vió en aquel conciliábulo de demonios que acudían a la reunión de otros años mas que una probable asamblea de conspiradores que procuraban encender la guerra civil, y ordenó que se registrara bien el castillo misterioso; registro que confirmó con pruebas evidentes la certeza de los relatos en virtud de los cuales se ordenó. Encontráronse huellas ciertas de la iluminación y de la comilona, y del número de botellas vacías que había aún sobre la mesa se infirió que los comensales habían sido muchos...»

Cuando *Pablo* llegó a esta parte de su relato, que me recordaba la sed inextinguible de *Boutraix* y sus inmoderadas libaciones, no pude contener

una carcajada convulsiva que cortó la narración por algunos minutos; carcajada que contrastaba en extremo con la patética disposición de mi ánimo al comenzar la historia y que había de extrañar a todos. *Pablo* me miró fijamente y aguardé al término de mi acceso de aquella hilaridad, algo absurda, y cuando me vió tranquilo prosiguió:

«Que allí se habían congregado no pocos hombres, acaso armados, y desde luego provistos de caballerías, porque se encontraron restos de forraje, de pienso y otras huellas parecidas, fué cosa demostrada; pero ni se dió con conjurado alguno ni se vieron más señales en el castillo. Es más: no se supo nada después, ni siquiera cuando el hecho, en vez de ser reprehensible o penable, era plausible, o sea cuando declarar la verdad merecía premio y no castigo.

»Disponíase a partir la tropa encargada del servicio cuando un soldado descubrió en los subterráneos a una muchacha extrañamente ataviada, que parecía privada de la razón, la cual, en vez de huir de él, se le acercó, llamándole por un nombre que el soldado olvidó. «¿Eres tú? ¡Cuánto te hiciste aguardar!», le dijo. Cuando estuvieron en sitio donde había luz y reconoció su equivocación se deshizo en llanto.

»Como sabéis, esta muchacha era *la Pedrina*. Se la reconoció en seguida porque días antes se habían mandado sus señas a todas las autoridades del litoral. Se la trajo inmediatamente a Barcelona, después de haber aprovechado uno de sus momentos de

lucidez, para interrogarla acerca del inexplicable suceso de Nochebuena; mas lo ocurrido no parecía haber dejado en su mente sino huellas harto confusas, y su declaración, de cuya sinceridad no podía dudarse, hizo todavía más arduas las dificultades de la información. Se supo que un propósito de su imaginación extraviada la hizo buscar en la casa señorial de *las Sierras* el refugio a que le daba derecho su nacimiento; que le costó trabajo entrar por el estrecho hueco que dejaban las semicaiídas hojas de la puerta, y que se sustentó primero con las provisiones que llevaba en su saco y después de las muy abundantes que dejaron los «extranjeros». Cuanto a éstos, parecía no conocerlos, y la descripción que hizo de su indumentaria, no vestida hoy por pueblo alguno, se apartaba tanto de lo verosímil, que sin titubear se atribuyó todo a un sueño que el trastorno mental de la joven tomaba como una realidad. Lo que sí apareció evidente fué que uno de los aventureros o de los conspiradores había producido hondísima impresión en su corazón, y que sólo la esperanza de encontrarle la daba alientos para vivir. Mas como se percató de que se perseguía a ese hombre, de que estaba en peligro su libertad y tal vez su vida, a pesar de las preguntas reiteradas y hábiles, calló el nombre...

Esta última parte del relato de *Pablo* trajo a mi mente, con un nuevo aspecto, el recuerdo de aquel amigo mío cuyo último suspiro recogí. Se hinchó mi pecho, mis ojos se llenaron de lágrimas y bruscamente llevé a ellos la mano para ocultar

mi emoción a la concurrencia. Como la vez anterior, *Pablo* me miró atento. Adivinando el sentimiento que embargaba su ánimo, quise tranquilizarle sonriendo.

—Vuelva la calma a tu corazón de amigo— dije con aire expansivo—, la calma que te hicieron perder estas alternativas de enternecimiento y de jovialidad que me hace experimentar tu historia. Nada tienen en mí de raro, y te persuadirás de ello cuando te las explique. Continúa, y perdona que te haya interrumpido, porque las aventuras de *la Pedrina* aun no concluyeron.

—Queda poco que cortar—dijo *Pablo*, y siguió: «Se la llevó otra vez al convento, y entonces no se descuidó la vigilancia. Un médico viejo, muy entendido en las enfermedades mentales, que circunstancias dichas trajeron años atrás a Barcelona, emprendió su curación. Desde luego vió que el empeño era difícil, porque los desórdenes de una imaginación lesionada nunca son más graves, o, para decirlo mejor, más incurables que los ocasionados por una pena hondísima del alma. Insistió, no obstante, contando con que no le faltaría un auxiliar que siempre fué habilísimo en consolar dolores, que es el tiempo, que lo borra todo, y que es lo único eterno en nuestras penas y nuestros placeres pasajeros. A la acción del tiempo le pareció que debía unir la distracción y el estudio, y pidió a las artes que le ayudasen para sanar a la enferma, las artes que ella había olvidado, pero cuya impresión no tardó en despertar, más pode-

roso que nunca, a aquel organismo. «Aprender—ha dicho un filósofo—acaso no es mas que recordar.» Para *Inés* aprender era inventar. Su lección primera hizo que los oyentes pasasen de la sorpresa a la admiración, al entusiasmo, al fanatismo. Estos felices éxitos fueron creciendo, y la especie de embriaguez que la loca suscitaba en los demás la sintió ella también. Hay naturalezas privilegiadas a las que la gloria indemniza de la falta de felicidad, porque la Providencia sabe compensar; así es tan raro ver juntas a la dicha y la gloria. Ello es que al cabo sanó y que pudo contar a su bienhechor cuanto llevo dicho. Pero recuperar la razón hubiera sido para ella una desdicha nueva sin su talento. Supondrán ustedes que sobre *Inés* llovieron las ofertas en cuanto se supo que iba a dedicarse al teatro, y ya diez ciudades estaban a punto de arrebatarla, cuando ayer mismo *Bascara* logró verla y contratarla para su compañía.»

—¡En la compañía de *Bascara*!—exclamé riendo—. Pues ten por seguro que a estas fechas ya sabe *Inés* a qué atenerse en lo que se refiere a los temibles conspiradores del castillo de *Ghismondo*.

—Y eso es lo que tú nos vas a explicar—respondió *Pablo*—, porque parece estar al cabo de la calle en lo referente a esos misterios.

—No lo hará—dijo *Estrella* un tanto picada—; es ése el secreto que no puede revelar a nadie.

—Eso era verdad hace poco—repliqué—; mas ahora cambiaron mis ideas y mi resolución. Ya no me ata juramento alguno.

Excuso decir que conté lo mismo que ustedes oyeron hace un mes, y lo que no volveré a contar ahora, aun cuando alguno de ustedes no conserve recuerdo preciso de lo que narré, porque no soy capaz de dar al relato un atractivo tal que haga soportable su repetición.

—Pero, como buen lógico—dijo el fiscal—, si será usted capaz de sacar alguna enseñanza moral de lo narrado; yo confieso que no doy ni un ochavo por la narración más interesante si de ella no resulta alguna enseñanza. Nuestro buen Perrault, maestro de usted, sabía sacar, aun de los cuentos más absurdos, sanas y graves moralejas.

—¡Ay!—exclamé levantando los brazos al techo—. ¿De quién me habla usted? ¿De uno de los genios más trascendentales que hayan iluminado a la Humanidad desde Homero hasta nuestros días! ¡Oh, los novelistas de hoy y hasta los literatos que escriben cuentos no quieren parecersele! Y acá para entre nosotros diré que encontrarían depresiva para ellos la comparación. Lo que anhelan, querido, es el renombre diario, que se logra con el dinero, un dinero que se gana, bien o mal, cuando se tiene fama. La moraleja que usted pide les tiene a ellos sin cuidado... En fin, puesto que usted me lo pide, acabaré con un refrán de mi cosecha, salvo que buscando bien resulte que es de la cosecha de otro, porque en este mundo no hay nada que no haya sido dicho:

Creerlo todo es de bobos;
negarlo todo, de necios.

Y si esto no les parece a ustedes bien, poco trabajo me cuesta pedirles prestado un refrán a los españoles, ya que estamos ahora en su tierra:

De las cosas más seguras,
la más segura es dudar.

—¡Dudar! ¡Dudar!—dijo Anastasio moviendo la cabeza con aire de tristeza—. ¡Lindo placer el de dudar! ¿Luego no hay apariciones?

—No vayas tan lejos, porque mi refrán te enseña que acaso las haya. Yo no tuve la dicha de encontrarme con ninguna; mas ¿por qué no han de gozar de este privilegio organismos más completos y más favorecidos que el mío?

—¡Un organismo más completo y más favorecido!—exclamó el fiscal—. ¡Un idiota! ¡Un loco!

—¿Y por qué no, señor fiscal? ¿Quién nos dió la medida de la inteligencia humana? ¿Quién es el sapientísimo Popilio que haya podido decir a la inteligencia: «No saldrás de este círculo»? Si las apariciones son una mentira, hay que convenir en que no existe verdad más acreditada que este error. Todos los siglos, todos los pueblos, todas las historias dan testimonio de ello, ¿y en qué fundamentamos la noción que llamamos verdad si no es en el testimonio de las historias, de los pueblos y de los siglos? Además, acerca de este asunto tengo una opinión mía, que de seguro les parecerá a ustedes extravagante y que no quiero ocultar: yo creo que el hombre es incapaz de inventar nada, o, dicho de otro modo, que la invención no es en

él mas que la percepción innata de hechos reales. ¿Qué hace hoy la ciencia? Pues con cada descubrimiento nuevo certificar, dar «autenticidad» a lo que se consideraba mentiras en Herodoto y en Plinio. La jirafa, tenida por fabulosa, se pasea hoy en los Jardines del Rey. Yo soy de los que esperan ver cualquier día al unicornio. Los dragones, las quimeras, los endriagos, las tarascas no existen ahora en el mundo viviente; pero Cuvier los encontró en el mundo fósil. Todos sabemos que la arpía era un murciélago monstruoso que los poetas describieron con una exactitud que envidiaría Linneo. Respecto de las apariciones de que hablabamos hace un momento, vuelvo con gusto al tema...

Iba yo, en efecto, a «volver al tema» de un modo extenso y luminoso, porque es éste asunto del que hay mucho que decir, cuando advertí que el fiscal estaba dormido.

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
I.....	5
II.....	65



COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFÍA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETCÉTERA, ETC.

Aparecen diez números de unas cien
páginas, cada mes, al precio de **CIN-**
CUENTA CENTIMOS cada número

POR SUSCRIPCIÓN TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(CUATRO PESETAS AL MES):

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 790 números publicados desde julio de 1919 a
— — mayo de 1923 contienen obras de — —

ALFIERI, ANDREIEV, APULEYO, AUSTEN, BALZAC,
CERVANTES, DANTE ALIGHIERI, DARWIN, DAUDET,
DICKENS, FLAUBERT, FOGAZZARO, GARCILASO DE
LA VEGA, GAUTIER, GOETHE, GOLDONI, GONCOURT,
GORKI, HEINE, HUGO, IBSEN, JORGE SAND, KANT,
KOROLENKO, LAMARTINE, LOPE DE VEGA, MACHA-
DO, MERIMEE, MOLIERE, MUSSET, ORTEGA MUNI-
LLA, PLUTARCO, PREVOST, SCHILLER, SHAKESPEARE,
STAEI (MME. DE), STENDHAL, STEVENSON, SWIFT,
TACITO, VIGNY, VOLTAIRE Y OTROS

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.

MADRID

RIOS ROSAS, 24

Apartado 547